Olivier de Castilla (Romance).

Historia de Oliveros de Castilla

Madrid

1894

Reel: 41 Title: 2

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00041.02

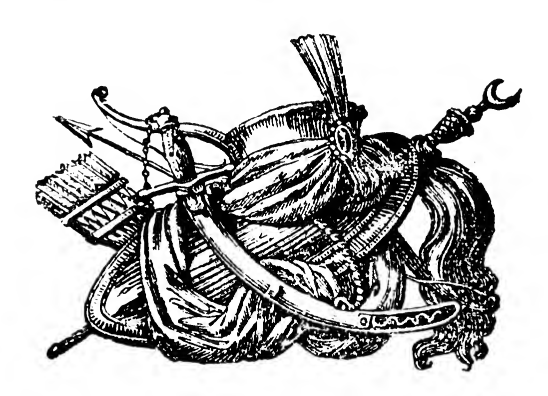
Control Number: ADS-9400
OCLC Number : 29643506
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISOL
Author : Olivier de Castille (Romance). Spanish.
Title : Historia de Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.
Imprint : Madrid : Hernando, 1894.
Format : 39 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Note : With: Nuevo catálogo de los títulos de las historias, romances, relaciones, trovos, libritos, sainetes, aleluyas, soldados, santos y demás papeles que se hallan de venta en el despacho de la viuda de Hernando y Ca. Madrid : Hernando, [1894?].
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/21/94
Camera Operator: AC

(CINCO PLIEGOS)



HISTORIA DE OLIVEROS DE CASTILLA Y ARTUS DE ALGARVE



MADRID
DESPACHO: HERNANDO, ARENAL, 11
1894


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE

OLIVEROS DE CASTILLA

Y ARTUS DE ALGARVE.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de Oliveros de Castilla.—Muerte de su madre de resultas del parto.—Casamiento del rey su padre con la reina de Algarve.

Por los tiempos en que reinaba el emperador Cárlo-Magno hubo en Castilla un príncipe, que por sus muchas virtudes era querido de todo el reino, el cual estaba casado con una hermosa princesa, hija del rey de Galicia. Hízose esta embarazada, y parió un niño muy herm oso, de cuyo parto murió al tercer dia; de forma que en el mismo dia de su entierro fué bautizado el príncipe, poniéndole por nombre Oliveros. El rey tuvo mucho sentimiento por la muerte de su esposa, y viendo los caba lleros su tristeza, solian llevarle el infante para que con el placer de ver su hijo olvidara la pérdida de la madre; y tomándolo en sus brazos con muchas lágrimas le decia: ¡hijo mio! ¡corona de mi reino! tu nacimiento fué para mí causa de gran gusto, y motivo de mucha pena. Dios por su infinita misericordia haya recibido en su santa gloria el alma de tu madre y á tí te dé su gracia. Estas y otras semejantes razones solia el rey dirigir al infante siempre que le veia.

Los grandes de la córte, viendo que cada dia crecia mas su tristeza, por ver si le podian distraer, acordaron su casamiento con la reina de Algarve, que era viuda, de poca edad, bien parecida y de gentil disposicion. Determinados á proponer este matrimonio, se dirigieron al rey esponiéndole, por

considerarlo conveniente, que tomase estado con la reina de Algarve, por concurrir en ella todas las circunstancias que eran necesarias para semejante matrimonio, y que tambien el pueblo así lo pedia. Entendida por el rey la pretension y súplica, les dijo: señores no era mi intencion casarme otra vez, pero atendiendo las razones que alegais, y por dar gusto á mi reino, os digo que hagais lo que mas convenga. Los grandes, llenos de gozo, ordenaron una embajada para la reina de Algarve, á quien losem bajadores hicieron la propuesta. La reina mandó llamar á todos los grandes de su córte, y les dijo: caballeros, ya sabeis la causa de la embajada que me hace el rey de Castilla, por lo que os ruego me digais lo que mejor convenga en este caso. Los grandes la contestaron: señora, el casamiento con el rey de Castilla es muy acertado, y conviene por todos títulos á vuestros Estados. La reina condescendió en ello; en seguida dieron la respuesta á los embajadores, quienes se partieron para Castilla, y habiendo llegado á la córte, dieron cuenta al rey de su embajada, el cual dió órden para que luego al punto dispusieran todo lo necesario para partirse á Algarve; y estando dispuesto todo, se puso en camino acompañado de su hijo Oliveros y de toda la grandeza. Llegado el rey á Algarve, fué muy bien recibido de la reina y de toda la grandeza, y en aquella misma noche se desposaron. Tenia la reina un hijo tan parecido en todo á Oliveros, que apenas se diferenciaban mirando á los dos. Pasadas las fiestas y cumplidas las bodas, encomendó la reina el gobierno de sus dominios á un noble caballero y se partió con el rey para Castilla, donde fueron repetidas las fiestas y regocijos.

CAPITULO II.

Oliveros y Artus son encomendados á un caballero para que los enseñase el manejo de todas armas.—La reina siente amores por Oliveros, y el príncipe los esquiva.—Se ausenta de la córte con tal motivo.—Sentimiento del rey y los cortesanos por su desaparicion.

Cuando Oliveros y Artus tuvieron la edad competente, fueron encomendados á un noble caballero, el cual así en buenas costumbres, como en el manejo de las armas, tuvo el cargo de enseñarlos. Era tan grande el amor que los dos infantes se tomaron, que no se hallaban el uno separado del otro un instante. El rey y la reina vivian muy gustosos de ver la union y cariño que los infantes se tenian, y por divertirlos mandaron pregonar unas justas, á las que vinieron muchos caballeros. Llegado el dia señalado se dió principio á ellas, en las cuales hicieron, así Oliveros como Artus, tan grandes hazañas, que todos estaban admirados de ver el esfuerzo y destreza de ambos en tan tierna edad. Estando Oliveros en medio del palenque reparó que un caballero aventurero derribó á otro de la córte, y que se mantenia espe-

rando á otro que quisiera salir. Se fué Oliveros para él, y del primer encuentro le hirió de tal forma, que dió con él en tierra. Otro caballero aventurero por vengar á su compañero, se fué para Oliveros, pero tuvo la misma suerte que el primero. Venida la noche se acabó la justa, y al siguiente dia se juntaron los jueces para decidir quién merecia la joya del torneo, y dijeron que en entre Oliveros y Artus habia habido muy poca diferencia, pero al fin concluyeron diciendo que Oliveros era el preferido, y se la entregaron con general aplauso de toda la córte.

Desde entonces la reina miraba con tal aficion á Oliveros, que vencida de amores comenzó á pensar en todas sus gracias, y decia entre sí: «dichosa será la dama que de tí fuere querida:» con estos pensamientos perdia muchas veces el sueño. Un dia que se hizo un sarao en palacio (al que asistió la reina y todas sus damas), despues de haber danzado Artus y Oliveros, tomó la reina á Oliveros de la mano, lo sentó á su lado, y entre otras conversaciones, le preguntó cuál era la dama que mas estimaba. A lo que respondió Oliveros: crea V. M. que hasta ahora no he mirado á ninguna con semejante pensamiento. Y replicó la reina: dime, Oliveros, ¿si alguna dama de merecimiento pusiera los ojos en tí, corresponderias? Respondió Oliveros: no son tantas mis gracias, señora, que ninguna muger se pudiera prendar de mí por ellas; y aunque en mí concurriesen todas, tendría por falta de juicio á la que eso hiciese sin ser primero requerida; dicho esto se levantó con disimulo, y con Artus pidieron licencia para retirarse y se despidieron sin haber este entendido nada. La reina quedó muy confusa y disgustada, y retirada á su gabinete, decia: ¡ay, Oliveros! bien sé que no eres tan simple, que dejes de conocer la pena que por tí paso, la cual pienso darte á entender mañana mas directamente. Al dia siguiente llamándole la reina aparte, le volvió á dar á entender con mas claridad su aficion: mas el prudente Oliveros se desentendió con discrecion, y se despidió, quedando ella muy enojada. Oliveros y Artus se fueron á su habitacion, y en todo aquel dia no salió Oliveros de su cuarto; llegada la hora de ir á la mesa, le dijo á Artus: hermano, hazme el favor de ir tú solo á comer, pues ya es hora, y por no dar disgusto al rey ni á la reina, mi señora, si preguntaren por mí, dí que me hallo indispuesto. Artus, conociendo el disgusto de Oliveros (aunque ignoraba la causa) le dijo: hermano, no tengas cuidado que yo haré lo que me mandas: y se despidió de él.

Luego que Oliveros se quedó solo, empezó á pensar en sus cuidados, y despues de haber premeditado lo que de la pretension de la reina podia resultar, conociendo claramente que no habia otro remedio que el ausentarse, se determinó dejar su patria, y todo lo que en ella tenia de mas querido. Con estos pensamientos; y conociendo lo indispensable de su ausencia, le pidió á un paje recado de escribir mandándole salir del aposento, y tomando la pluma escribió una carta del tenor siguiente:

«Querido hermano Artus, la fortuna perseguidora y enemiga de los sensi-

»bles corazones, me ha puesto en la posicion de que deje tu amable com»pañía; no estrañes, querido hermano, que no te haya comunicado esta »determinacion como lo he hecho con todos mis secretos; pues es tan gra»ve el motivo de mi partida, que no cabe en mí decirlo. El lugar ó pro»vincia donde voy tampoco te lo puedo decir porque no lo sé, y así te su»plico me perdones; y adios hasta que la fortuna mude de semblante: en»comiéndame al rey y á la reina, y no olvides á tu hermano—Oliveros.»

Escrita la carta, la puso donde Artus la hallara, y tomando tres mil monedas de oro, con otras joyas de gran valor, y el mejor caballo y armas que habia en palacio, con el silencio de la noche, salió de la ciudad y con muchos suspiros dijo: Dios mio, yo te ruego quieras consolar este triste rey que hoy pierde á su hijo y heredero; y diciendo esto con mucho sentimiento, se le anudó la garganta y no pudo proferir nada mas. Siguió su camino, y en pocos dias llegó á un puerto de mar, en el que halló un navío que salia para Constantinopla, en el cual iba un gran señor. Oliveros preguntó al patron si le queria llevar, y le dijo no podia servirlo, á causa de que aquel caballero y otro compañero tenian fletada aquella embarcacion, de su cuenta. Viendo uno de los caballeros á Oliveros, se interesó por él y le mandó al patron le admitiera. Oliveros le dió las gracias, y desde entonces fueron tan amigos, como en adelante se dirá.

Dejemos á Oliveros seguir su navegacion, y volvamos á Artus, que al otro dia de mañana hallando al paje en la puerta del cuarto de Oliveros, le preguntó por su señor, y le respondió: señor, ayer noche me mandó traer papel y tinta, y despues me dijo que me volviese hasta que me llamara. Viendo Artus que era tarde, llamó á la puerta, y como nadie le respondia, con mucha turbacion entró solo al cuarto de Oliveros, y viendo que no estaba allí, mirando á todas partes con mucho sobresalto, halló la carta, y habiéndola leido, fué tanta la pena y congoja que le acometió, que sin sentido se dejó caer sobre la cama; y al cabo de un gran rato, con muchas lágrimas esclamó: ¡ay hermano mio, si tú me tuvieras tanto amor como yo á tí, no te hubieras ausentado de mi compañía! ¡Ay desdichado rey! cómo te lastimará el corazon esta noticia, y creo te ha de costar la vida cuando sepas la ausencia de tu amado hijo; y diciendo esto, le dió un gran desmayo. Los que estaban en la puerta fueron á decirlo al rey, y viniendo con mucha prisa, halló á Artus con el desmayo: mandó traer algunas medicinas, y aplicadas que fueron, volvió en sí diciendo: ¡Ay Oliveros! ¿por qué me dejas ahora que tanto te necesitaba? ¡imposible será vivir sin tu compañía! Cuando el rey entendió la ausencia de Oliveros, dijo: ¡Oh Dios mio! ¡qué dolor, si he perdido á mi amado hijo Oliveros! y diciendo esto cayó amortecido. Los caballeros que estaban presentes al saber la ausencia de Oliveros, les faltó el esfuerzo para asistir y consolar al rey: todo era tristeza, pesar y dolor. Luego que el rey volvió en sí, esforzándose cuanto pudo, prorumpió diciendo: ¡oh hijo mio Oliveros, corona de mi rei-

no! ¡cuántas penas me cercan por tu ausencia, y cuántas turbulencias sobrevendrán á mi reino si no vuelves! Tu nacimiento fué causa de la muerte de tu madre, y tu ausencia lo será de la mia. Vivia descuidado confiando en tus virtudes, y los vasallos muy gustosos en que despues de mí ocupases el trono, porque tenian en tí toda su confianza; mas fueron vanas nuestras esperanzas, por lo que espero una desastrosa vejez, y muchas discordias en el reino: y diciendo estas palabras salió del aposento, entró donde estaba la reina, y con muchas lágrimas la dijo: lloremos, señora, la pérdida de toda nuestra la esperanza; ya faltó nuestro descanso y consuelo, y el brazo derecho de nuestro reino.

Enterada la reina de la causa de su pena, poseida de un desmayo cayó sin sentido, sin poder el rey contenerla, por acometerle al mismo tiempo igual accidente. A este tiempo entró Artus, y les levantó diciéndoles no tuviesen tanta pena, pues Dios seria servido se supiese de Oliveros; y puesto de rodillas ante el rey y la reina les pidió encarecidamente le diesen licencia para salir en su busca. El rey le respondió: no creyera, Artus, que viendo las penas que me cercan, me pidieras semejante licencia, queriendo dejarme solo en tanta angustia: busca mensajeros que con toda diligencia recorran cuantos paises hay en el mundo en busca de tu querido hermano. Al punto salió Artus á poner en ejecucion lo que el rey mandaba, y al dia siguiente salieron los mensajeros. El rey se retiró á su retrete, y quedando la reina sola decia: ¡Ay Oliveros! que yo he sido la causa de tu ausencia, pues te obligué con mis indiscreciones á que dejaras tu reino, y pues ya no puedo remediar lo hecho, todos mis tesoros daré á los pobres en servicio de Dios, para que su Piedad te libre de todo mal, y á mí me perdone tan grande yerro: así solia esclamarse la reina siempre que estaba sola. Pasado algun tiempo, volvieron los mensajeros sin haber podido hallar ni aun saber noticias de Oliveros.

CAPITULO III.

De la gran tempestad que sufrió en el mar Oliveros, estrellándose el navío en que iba, salvándose milagrosamente él y un caballero.

Al tercer dia de haberse embarcado Oliveros, se levantó un temporal tan contrario y tempestuoso, que no sabian dónde, ni en qué region estaban, y con las embravecidas olas y embates de los aires, ya rotas las velas, quebrados los palos, perdidas las áncoras, el timon deshecho, y el piloto sin gobierno, dieron en una peña, con cuyo golpe se abrió el navío, y viendo que se hundia, todos se echaron al agua. Oliveros, luchando con las olas dijo á un compañero suyo: tomemos esta tabla, en la cual confio podremos salir á tierra: y poniéndose sobre ella con su maleta, comenzaron á andar

cuanto podian, mas la tempestad era tan grande, que á cada instante se veian en lo último de su vida. Viéndose Oliveros en tan gran peligro: dijo: ¡oh Señor, que hiciste camino en el mar Rojo para que pasasen los hijos de Israel, ruégote por aquella piedad que de ellos tuviste; quieras usar de tu misericordia con nosotros! Y animando á su compañero de desgracia, le decia que tuviese valor y esfuerzo, pues habia descubierto tierra; al mismo tiempo la tempestad iba cesando; con cuyo beneficio lograron en breve tiempo llegar á tierra, y siguieron por un camino hasta llegar á un pequeño lugar: entraron en un meson y mandó Oliveros poner una buena cama, en la cual puso al caballero compañero suyo, que á causa de la tempestad venia muy enfermo.

Preguntó Oliveros al mesonero en qué reino se hallaban, y él le dijo que en Inglaterra, lo cual oido por el caballero enfermo, dijo al mesonero: ¿y cuántas leguas hay desde aquí á la ciudad de Cantorbery? le respondió que habia veinte. El caballero se volvió á Oliveros y le dijo: á veinte leguas estamos de mi pais, en el cual tengo abundantes bienes de fortuna, y aquí estoy tan desdichado: que si no fuera por vos, ya hubiera espirado, á lo cual dijo Oliveros: señor, vuestros modales dan bien á entender quién sois; yo no he de faltar de vuestro lado hasta que os deje en vuestra casa. El caballero le dió infinitas gracias por los beneficios que por él habia hecho, y viendo que su enfermedad se iba agravando cada dia mas, dijo á Oliveros: señor, ya veo que mi muerte se va llegando, y quisiera, si os parece, partiésemos para Cantorbery, porque quiero antes de morir remuneraros en parte los muchos beneficios que de vos he recibo. Oliveros le dijo: Señor, yo quisiera asistiros segun vuestro merecimiento y daros la salud que os falta; y porque tengais el gusto de ver á vestros deudos, y no por remuneracion ninguna, dispondré salgamos de aquí para Cantorbery lo mas pronto que pueda ser. Al dia siguiente mandó Oliveros traer una litera, en la cual colocó al caballero enfermo, él tomó un caballo, y de esta forma dispuso su partida, asistiendo y consolando al caballero por todo el camino cuanto le fué posible; pero como la enfermedad seguia con mas gravedad por instantes, media legua antes de llegar á Cantorbery entregó el caballero su alma á Dios, cuya lastimosa tragedia fué para Oliveros de mucha pena: pero siguiendo el camino con el cadáver, llegó á casa de un hermano del difunto, informándole de todo lo sucedido. El hermano y demas deudos mostraron grande sentimiento; hospedaron á Oliveros en su casa, y dispusieron el entierro; pero al tiempo de llevar al cadáver á la iglesia lo embargó un comerciante por cierta cantidad que le debia el muerto. Viendo su hermano y demas deudos que la cantidad era tan crecida que no la podian pagar sin vender sus haciendas (lo que no estaban dispuestos á hacer), permaneció el cuerpo sin sepultar: y visto por Oliveros la grande avaricia y poca caridad de sus hermanos, é informado de que la deuda era de dos mil doblas, llamó á un platero y le vendió las joyas que

le habian quedado, por las cuales tomó cuatro mil doblas de oro: pagó al comerciante las dos mil que le debia el difunto y de contado se le dió sepultura.

Al dia siguiente, pasando Oliveros por la plaza, oyó decir que el rey de Inglaterra habia mandado pregonar justas y torneos por tres dias, y que el caballero que fuese vencedor se casaria con su hija, que era muy hermosa, y heredera de su reino. Oliveros se informó de si era cierto lo del pregon y la grande hermosura y muchas gracias que decian de la hija del rey: y determinó partirse para Lóndres, donde estaba la córte; salió de la ciudad, y al llegar á un monte se halló cercado de quince salteadores; Oliveros se encomendó á Dios, puso mano á la espada, y metiéndose entre ellos como leon furioso, mató á ocho y los demás huyeron por el monte: cuando Oliveros se vió libre de sus enemigos, dió muchas gracias al Cielo, y por estar herido de un brazo se apeó del caballo para curarse: mas como la desgracia no dejaba de perseguirle, se le asustó el caballo y se metió por el monte. Oliveros corrió á detenerle, á cuyo tiempo salió de entre unas matas uno de los salteadores, y montando en el caballo á carrera se metió por las espesuras del monte. Cuando Oliveros se vió sin caballo, sin las dos mil doblas que le habian quedado, y en tierra estraña, sin tener quién lo favoreciera, se llenó de desesperacion, considerando que ya no podia ir al torneo. Así entre otras palabras decia: ya veo que la fortuna me es contraria, y que toda desgracia me acomete: sin duda esto que me sucede es en castigo de haber dejado á mi padre en tanta congoja; y llorando amargamente juntas las manos, esclamaba: ¡oh benignísimo Criador del cielo y tierra, como perdonaste á la Magdalena y al buen Ladron, te suplico me perdones á mí y me saques de tanta tribulacion! Diciendo esto se dejó caer al pie de un árbol.

CAPITULO IV.

Aparicion de un caballero vestido de negro para consolar á Oliveros, y pacto que entre los dos hicieron.—Asiste Oliveros á las justas del torneo, donde hace prodigios de valor.

Estando Oliveros sentado al pie de un árbol lamentando su desgracia, oyó una voz que le dijo: Oliveros, no desconfies, que no faltará quien te ayude en tanto tropel de penas. Cuando oyó que le llamaban por su nombre en aquel desierto, maravillado alzó la cabeza pensando que soñaba, y vió junto á sí á un caballero de buena presencia, vestido de negro. Oliveros se puso en pie, y lleno de sorpresa le dijo: yo te exijo me digas quién eres, y quién te ha dicho mi nombre. El caballero respondió: no temas, que soy cristiano como tú: si sé tu nombre es porque poco hace quejándote te nom-

traste, y á grandes voces dijiste habias perdido tu caballo y dineros, y como lo que mas sentias era no poder ir al torneo que dentro de cinco dias se hace en Lóndres; yo que estoy obligado por un favor especial que de ti recibí, quiero ayudarte en cuanto necesites: para que puedas ir al torneo yo te daré armas, caballos y todo lo que necesites, con la precisa condicion que de todo lo que ganares en dicho torneo me has de dar la mitad si algun dia te lo pidiere.

Oliveros, que deseaba con ánsia hallarse en el torneo, oyendo la propuesta que el caballero le decia, aceptó las condiciones, y le ofreció dar la mitad de todo cuanto ganase: convenidos los dos con este trato, el caballero tomó á Oliveros de la mano y le dijo: seguid esta angosta senda hasta que encontreis una ermita, en la cual habita un ermitaño que os recibirá con mucho agrado, y allí os estareis hasta que nos volvámos á ver, pero no dudeis de que os cumpliré lo que os he ofrecido: y despidiéndose siguió Oliveros su camino. Ya anochecido llegó á la citada ermita, que estaba cerrada, y llamando le respondió el ermitaño, preguntándole quién era y qué buscaba á tales horas. Oliveros dijo era un caballero que iba perdido por aquel monte, que por amor de Dios le recogiese aquella noche: el ermitaño abrió la puerta, y tomándole de la mano, con mucha caridad le hizo entrar, lo llevó al altar para que hiciera oracion, y despues puso la mesa con pan y agua; sentó á Oliveros junto á sí, y le dijo: hermano, tenga paciencia y cene lo que le pongo, pues en esta pobre morada no se acostumbran otras viandas: cenaron los dos, y despues le llevó á una cama de heno, le dió una manta y le dijo que se acostara. Venido el dia, el ermitaño dijo á Oliveros le ayudara á la misa, y despues de haberse desayunado le contó éste al ermitaño lo que con el caballero vestido de negro le habia pasado en el monte, y que le habia encargado lo esperase en aquella ermita. A todo lo cual respondió el ermitaño no dudase de la oferta que el caballero le habia hecho, y que se estuviese en su ermita todo el tiempo que quisiera.

Cuatro dias estuvo Oliveros con el santo ermitaño sin dudar de la promesa del caballero; pero llegando el quinto, último del plazo del torneo, viendo que no habia parecido, desconfió y se arrepintió de haber dado crédito á sus ofrecimientos, pues por ellos no estaba ya en Lóndres, donde pudiera ser que algun caballero le diera armas y caballo. Con estas ideas se iba por el monte, subia en los árboles mas altos por ver si desde allí descubria á dicho caballero, desde donde alcanzaba á ver muchos caminos en los que veia varios caballeros que caminaban hácia Lóndres, y que ninguno venia hácia la ermita, con cuyo motivo crecia su desconsuelo. Venida la noche llamó el ermitaño á Oliveros para cenar, mas este no quiso probar bocado. El ermitaño le persuadió á que tuviese confianza en lo que el caballero le habia ofrecido. Fuéronse á acostar, pero en toda la noche no durmió Oliveros. Antes de amanecer pidió licencia al ermitaño para

marcharse à Lóndres, mas este le rogó se esperase siquiera aquel dia, pues aun habia tiempo á causa de estar de allí solo una legua la ciudad, y que si venia el caballero y no le hallaba tendria justa queja de él.

Estas y otras muchas razones decia el santo ermitaño á Oliveros á tiempo que apuntaba el alba: consolado Oliveros con las persuasiones del buen ermitaño, salió de la ermita con intencion de esperar hasta el mediodia, y paseándose por el monte oyó ruido de gente y caballos que venian hácia donde él estaba: aplicó la vista, y conoció aunque de lejos, que el que venia delante era su deseado favorecedor; despues venian seis caballeros armados con las cubiertas de los caballos negras: tras estos venian diez con ropas de terciopelo negro; á estos seguian veinte pages en hermosos caballos cubiertos tambien de negro; despues seguian cuarenta de á pie vestidos del mismo color, los cuales traian un poderoso caballo de la rienda, de cuya silla venia colgado un hermoso yelmo dorado y guarnecido de preciosas piedras. Luego que llegaron, el caballero abrazó á Oliveros y le dijo: toda esta gente que ves que traigo, es para que te sirvan en cuanto les mandes; lo que yo te encargo es, que te portes como buen caballero, que no perdamos nuestro premio. Oliveros le respondió: señor, lo que por mí haceis es tanto, que siento no tener con qué poder satisfacerlo mas que con mi persona, la cual está á vuestra disposicion, y creo que con la ayuda de Dios desempeñaré mi obligacion. Acabadas estas razones, el caballero armó á Oliveros y mandó traer el caballo, en el cual montó Oliveros con mucho brio sin poner el pie en el estribo. Despidióse del ermitaño pidiéndole le encomendara á Dios, y con todo el acompañamiento dicho se puso en camino.

Llegaron á la córte y entraron en la plaza, en la cual estaba á un lado en un hermoso catafalco la hermosa Elena, hija del rey, vestida de costosísimos brocados, sentada debajo de un suntuoso pabellon guarnecido de hermosa pedrería: con tan ricos adornos y sus gracias personales estaba tan sumamente hermosa, que mas se parecia á un ángel que á criatura humana. A sus pies estaban sentadas veinte hermosas damas magníficamente vestidas. Cerca de dicho catafalco habia otro no menos costoso, en el cual estaba el rey con todos los grandes y los cuatro jueces que habian de sentenciar el torneo: á otro lado habia un palanque, donde estaban cuatrocientos caballeros armados, que eran los mantenedores de la justa. De la otra parte estaban los reyes de Irlanda, el hijo del rey de Escocia, y otros muchos. Dicho torneo habia de durar tres dias: en el primero solo se habia de hacer la justa: en el segundo quebrar las lanzas y despues herir con las espadas, y en el tercero se habia de pelear á pie con hachas de armas y espada.

Puestos todos en órden, hicieron la señal las trompetas, cada cual queria ser el primero: Oliveros que estaba cerca del palenque mirando á la princesa con mucha atencion, reparó que el rey de Irlanda, uno de los mantenedores, se venia hácia él con lanza en ristre. Oliveros le esperó, y fué tal el encuentro, que el rey quebró la lanza, quedando muy mal herido,

con lo cual conocieron todos que el caballero negro era de grandes fuerzas. Oliveros se fué para otro contendiente que lo esperaba, y haciéndole seña que se apartase de los demas compañeros, se dieron tan recios encuentros, que ya no podian resistir mas los caballos: pero Oliveros le dió un bote de lanza á su contrario, que falseándole el escudo le pasó por medio del cuerpo, de cuya herida cayó muerto del caballo. Oliveros fué servido de otra lanza, y todos los circunstantes á una voz decian, que el caballero negro llevaba lo mejor del torneo, y asimismo la princesa estaba muy complacida de ver la gallardía y esfuerzo de él, y decia á sus damas: si este caballero es tan bien plantado sin armas como parece armado, no tiene competidor en el torneo.

Llegada la hora, mandó el rey hacer la señal, y se concluyó la justa. Oliveros con los suyos se mantuvo en la plaza hasta que el rey y la princesa bajaron del catafalco, y al pasar por delante de Oliveros este hizo á su caballo que se arrodillara, cuya accion fué bien recibida del rey y la princesa. Y uno de los jueces dijo: si el caballero negro cumple como hoy en los dias que le quedan, en justicia merece lo aclamen vencedor. De esto fué muy pagada Elena, que ya le miraba con particular afecto. El rey y la princesa se fueron á palacio, y los caballeros á sus casas, entre los cuales no habia mas conversacion que la del caballero negro.

Era costumbre en aquel tiempo, que acabadas las justas habian de ir los caballeros á danzar á palacio. Con este motivo deseaba el rey, la princesa, damas y demás caballeros llegara la hora del baile para ver si el caballero negro era tan galan en la danza como diestro se mostró en la justa; mas Oliveros, aconsejado de su caballero favorecedor, no quiso ir á palacio, y volviendo la rienda á su caballo se fué á la ermita, acompañado de todos los que con él vinieron: habiendo llegado á dicha ermita, se despidió el caballero y los suyos de Oliveros, asegurándole que por la mañana á la misma hora estarian allí. Oliveros le pidió no le olvidase, y entrándose en la ermita, fué bien recibido del ermitaño, al que le contó todo lo quen aquel dia le habia pasado, y despues de haber cenado y dado gracias á Dios se recogieron á dormir. Antes de amanecer se levantó Oliveros, hizo oracion, abrió la puerta y de allí á poco rato vió venir á su caballero vestido de terciopelo carmesí, y del mismo color venian todos en caballos rucios: luego que llegaron se armó Oliveros, y montando en un poderoso caballo que para él tenian de la rienda, del mismo pelo que los otros, se partieron á la ciudad.

A la hora señalada entraron en la plaza y vieron que el rey, la reina y la princesa, las damas y los jueces estaban sentados en la misma forma que el dia antecedente. Y poniéndose Oliveros delante de la princesa, metió las espuelas y quebró una lanza en el suelo al frente del catafalco, y despues dió tales saltos, corcobos y carreras con su caballo, que todos conocieron era el caballero que el dia antes habia venido vestido de negro. Ya se hallaban en sus palenques todos los aventureros y mantenedores que

componian el número de cuatrocientos de cada parte, con cuyo motivo mandó el rey pregonar, que el partido que ganase el pendon de sus contrarios, quedase por vencedor, y que el que quebrase la primera lanza no pudiese tomar otra, pero sí podia pelear con la espada. Acabado el pregon se pusieron todos en órden y al son de las trompetas dieron principio al torneo. El rey Maquemor que estaba picado con Oliveros por los lances del dia antecedente, viéndole delante del palenque, se fué para él con una gruesa lanza: Oliveros que lo vió venir salió para él, y se encontraron con tanta desgracia para el rey, que le sacó Oliveros de la silla, y dió con él en el suelo herido mortalmente, á cuyo tiempo los demas caballeros trabaron tan cruda y sangrienta batalla, que de una y otra parte murieron muchos. Oliveros metió mano á su espada y entró en sus enemigos como un leon furioso, destrozando hombres y caballos. El hijo del rey de Escocia, uno de los mas acérrimos pretendientes á la mano de la princesa Elena, y que tambien habia quedado desmontado, se presentó en aquel momento delante de Oliveros espada en mano, desafiándole en combate particular, pero no fué mas afortunado que los demas caballeros, y al fin cedió al poderoso brazo de su contrario. Cada vez que Oliveros miraba á la princesa se le inflamaba tanto el espíritu, que le parecia nada lo que hacia en su servicio: su espada y brazo hasta el codo lo tenia teñido en sangre de la mucha que de sus enemigos habia derramado.

Vuelto á montar á caballo, sus golpes eran ya tan temibles, que los caballeros cuando le veian venir escusaban el choque. Viéndo la inaccion de sus contrarios, y sin tener nadie de los suyos que le ayudara, desesperado apretó la mano á la espada, y se fué hácia el pendon de sus enemigos, que lo guardaban sesenta caballeros de los mas escogidos; cerró con ellos y fueron tan grandes los golpes y heridas que les dió, que atemorizados, los que pudieron huir desampararon el pendon: llegóse á tomarlo, y el caballero que lo tenia, viéndose solo, quiso huir por no entregarlo; pero Oliveros con mucha ligereza metió espuela á su caballo, y se lo sacó de la mano, y liándolo en la lanza volvió para los suyos. Los contrarios, viendo el pendon en manos de Oliveros, se enfurecieron y le acometieron por quitárselo, pero tomando parte los del partido de Oliveros, por defenderlo, trabaron tan encarnizada lucha, que de una y otra parte murieron muchos: Oliveros peleó tanto y tan desesperadamente, que en breve tiempo pudo salir de entre sus enemigos, puso el pendon en el palenque, y con este motivo se acabó el torneo.

El caballero protector de Oliveros, tuvo mucho placer cuando le vió con el pendon en su mano y fué luego á abrazarle. Bajó el rey, Elena y los jueces del tablado, y al pasar por medio de la plaza hizo Oliveros tales y tan grandes habilidades con su caballo, que admirado el rey dijo á su hija y á los jueces: si el torneo durara tres ó cuatro dias mas, este caballero era bastante para destruir la mayor parte de la nobleza del reino. Oliveros

y su caballero se fueron hácia la ermita, donde lo dejó este ofreciéndole venir al dia siguiente á la hora acostumbrada. Oliveros contó al ermitaño lo que en aquel dia le habia sucedido, y despues de haber cenado se retiraron cada uno á su cama.

Restituidos el rey y su hija á palacio, y llegada la hora de cenar, fueron puestas las mesas, y despues de haber cenado, dijo Elena al rey su padre: señor, me parece mucha crueldad consentir que mueran los caballeros de la manera que hoy hemos visto. Por tanto, suplico á V. M. que no consienta continúe mas el torneo, ó al menos que se ponga cierto órden que no muera tanta gente, pues mas quisiera hacer juramento de no casarme jamás, que consentir tales atrocidades. El rey la respondió: hija, no pienses que no me pese á mí la muerte de tantos caballeros, mas en tales casos no se puede escusar de que haya muertos y heridos, y el torneo de mañana no se puede suprimir en manera alguna; pero mandaré disponerlo de modo que no morirá tanta gente. Elena pidió licencia para retirarse á su cámara, y dándosela su padre, la llevaron las damas á acostarla.

CAPITULO V.

Oliveros vence el torneo el tercer dia, y concluido este fué llamado delante del rey.—Es declarado por los jueces acreedor al premio ofrecido. —Aplazamiento convenido entre el rey y Oliveros.

Al dia siguiente, dos horas antes del alba, despertó Oliveros y se fué á hacer oracion al altar, y despues se salió al campo á esperar á su caballero, y á la hora del dia anterior lo vió venir con el acompañamiento, caballos y armas que habia traido los dos dias anteriores, pero con la diferencia de venir en este dia todos vestidos de blanco. Llegados que fueron se vistió Oliveros igualmente de blanco, tomó su caballo y armas, y siguieron el camino para la ciudad. Cuando llegaron á la plaza, ya estaba el rey, la princesa y los jueces ocupando sus sitios. El rey mandó que fuesen contados los muertos y heridos del dia anterior, y que entrasen otros caballeros en lugar de aquellos. Fueron ochenta y seis los que faltaron de los mantenedores, y de la otra parte veinticinco; escogieron otros tantos y fueron puestos en reemplazo de los que faltaban, lo que se ejecutó con alguna dificultad, por estar atemorizados de antes, y muchos se escusaban de entrar en lucha. Puestos al fin ya en órden mandó el rey que todos dejasen las espadas, y que solo pelearan con una hacha de armas, y que al que se le quebrara ó se le cayese de la mano dicha hacha, nadie le pudiera herir, bajo la pena de muerte: mandando asimismo que acabado el torneo fuesen todos á palacio para dar el premio al que lo mereciese.

Concluido el pregon tocaron las trompetas y se comenzó el torneo; mas

como Oliveros iba vestido de blanco, nadie lo conoció hasta que metido en la lucha empezó á distinguirse con sus acostumbradas proezas. Cerciorado el rey de que el que iba vestido de blanco era el caballero que el dia anterior vestia de carmesí, mandó que cien soldados se pusieran en la puerta de la plaza con órden de llevarle á palacio luego que se acabara el torneo, pues tenia deseos de conocerle. A este tiempo andaba Oliveros tan feroz en la batalla, que á cuantos alcanzaba derribaba en tierra: tan grandes golpes daba, que en breve rato hizo el hacha pedazos. Viéndole un caballero contrario suyo desarmado, alzó su hacha para herirle; Oliveros aguardó el golpe, y al tiempo de descargarle, hurtó el cuerpo, y dió el hacha en el suelo; y antes que él la pudiese levantar, ligeramente sató Oliveros se la sacó de la mano, y con ella le dió tan fuerte golpe al contrario, que le derribó el brazo derecho. Viendo tres caballeros irlandeses que Oliveros llévaba la palma del torneo, movidos de envidia, todos juntos le acometieron: Oliveros los esperó con gran ánimo, y le dió al primero tan grande golpe, que le derribó al suelo: arremetió á los otros, los cuales, espantados de ver lo que le habia sucedido á su compañero, volvieron las espaldas á su contrario y arrancaron vergonzosamente á huir. Oliveros los siguió hasta meterlos debajo del catafalco de la princesa.

En vista de esto el rey, echó el baston á la plaza, y mandó que cesase el torneo. El rey, Elena, sus damas y los jueces se retiraron á palacio, y todos los caballeros mantenedores y aventureros se fueron á sus posadas. Oliveros quedó solo en la plaza, y por mas que estaba mirando á todas partes no hallaba á su caballero ni á ninguno de los suyos, y como se vió tan impensadamente desamparado, dando grandes suspiros decia: aun no está cansada la desgracia de perseguirme! ¿qué motivo le habré dado á mi favorecedor para que me desampare en esta ocasion? Y diciendo estas y otras sentidas palabras, se dirigia con el hacha en la mano hácia la puerta de la plaza para tomar el camino de la ermita, pero al querer salir le detuvieron el paso cien soldados y otros muchos caballeros. Oliveros cuando los vió pensando serian algunos enemigos de los muchos que habia tenido en el torneo, les dijo: caballeros franqueadme el paso y no me detengais si no quereis que desesperado os acometá y no quede á mis manos uno vivo: y alzando el hacha para herir á uno, este le dijo: señor, no venimos á ofenderos ni á disgustaros: el rey nos manda que os detengamos en este sitio, y que os llevemos á su real palacio donde os espera.

Viéndose Oliveros á pie sin caballo ni armas, y sin ningun criado que le acompañara, sentia mucho ponerse en presencia del rey y la princesa en tan lamentable estado, y dijo á los caballeros: señores, yo estoy pronto á obedecer las órdenes que traeis; pero me será muy vergonzoso entrar en palacio en esta forma; yo no sé dónde están mis criados, pues desde que entré en el torneo no los he vuelto á ver. Los caballeros que oyeron los justos motivos que Oliveros daba para escusarse de ir á palacio en aquella

forma, le dijeron que se entrara en una posada que estaba allí cerca, y en ella podia esperar algun tiempo entretanto que ellos salian á buscar su gente por toda la ciudad. Aceptó Oliveros el partido, y al entrar en la posada le dijo la dueña de ella: señor, ¿sois vos el caballero que estos dias ha vestido de negro, encarnado y blanco? y él la respondió que sí. Entonces repuso ella: vuestro amigo favorecedor me dejó hace poco una maleta para que os la entregara, y me encargó os dijera que nada os hará falta y que pronto sabriais de él. Con esta noticia se consoló Oliveros, y abriendo la maleta halló en ella dosmil doblas de oro, con muchas joyas de infinito valor, y á poco rato vió que entraban por la puerta veinte escuderos y veinte pages vestidos todos con ropas de damasco blancas: el que venia delante hincó la rodilla en tierra y dijo á Oliveros: señor, el caballero favorecedor vuestro me envia con estos escuderos y pajes para que os sirvan; y asimismo os ofrece esta maleta en la cual hallareis lo suficiente para vuestro adorno, y os pide encarecidamente no olvideis el trato que los dos hicísteis en el monte. Oliveros le respondió: son tan grandes los favores que he recibido de este caballero, que no podré olvidarlos en mi vida, ni le faltaré á lo que traté con él.

Mandó Oliveros abrir la maleta que nuevamente le presentaron, en la cual halló tres vestidos, uno negro, otro encarnado y otro blanco, todos ricamente bordados: vistióse el encarnado, púsose un rico sombrero con un joyel muy hermoso y plumaje correspondiente, segun costumbre de los galanes de aquel pais, y acabándose de vestir llegaron los caballeros que habian salido á buscar la gente, y viendo el acompañamiento que tenia creyeron habian parecido los que ellos habian estado buscando, con cuyo motivo le dijeron que el rey y la princesa, con la mayor parte de la nobleza le estaban esperando en palacio.

Salió Oliveros con todos los suyos, y en el portal de la posada halló un caballo blanco costosamente en jaezado con otros veinte para los escuderos, todos cubiertos de terciopelo carmesí. Montó cada uno en el suyo, y los pajes con sendas hachas encendidas y acompañado de los suyos y de los de la córte llegó á palacio, donde habia gran multitud de gente para verlo, entre la cual se oian muchas aclamaciones en alabanza de Oliveros; y habiendo llegado á las puestas del palacio vió que todas las damas de la princesa lo estaban esperando en los balcones, las cuales alborozadas fueron á decirla á su señora la buena presencia y gentil talle de Oliveros, cuya noticia agradó mucho á la princesa; pero disimuló su emocion cuanto pudo, de forma, que ninguna le conoció la mas leve inclinacion. Entró Oliveros en la real sala, donde le recibió el rey con la mayor parte de los grandes, entre los cuales habia algunos que no le tenian muy buena voluntad por los acontecimientos del torneo. El rey le tomó de la mano, y le sentó junto á su real trono, donde hablaron largamente de varios asuntos.

A este tiempo estaba la princesa Elena en su cámara vistiéndola sus da-

mas un rico trage y joyas de mucho valor, y despues de estar muy ricamente ataviada y cubierta de piedras preciosas, perlas orientales y brocados, por mandado del rey se presentó en el salon donde estaba aguardándola acompañado de Oliveros y de todos los caballeros principales de la córte. Con ella venian doscientas damas lujosamente vestidas, y delante iban sesenta caballeros, de espuelas doradas: al entrar Elena en el salon, todos se quedaron asombrados al verla, pues á mas de ser ella en sí hermosísima, con la multitud de joyas y adornos de tanto valor como traia, ninguna comparacion es bastante para dar una idea de su bellísimo aspecto en aquella ocasion, segun las crónicas cuentan. Apartáronse los caballeros á un lado y á otro, y Elena se llegó á besar la mano al rey su padre, el cual la mostró á Oliveros, y este con rostro alegre se hincó de rodillas y le besó la mano. El rey les hizo sentar á ambos juntos á sí, y entonces tocaron los instrumentos y se dió principio al sarao, en el cual danzó Oliveros con tanta destreza, que todos le envidiaban su bizarría.

Acabada la funcion entraron los jueces del torneo para informar al rey en secreto de quién merecia el premio, y aunque algunos espusieron que el conde de Flandes, el hijo del rey de Escocia, y un hijo del rey de Irlanda se habian portado muy bien el primero y segundo dia, al fin todos se conformaron en que Oliveros habia hecho las mejores hazañas todos los tres dias, y que él solo habia sido vencedor, por lo que se le debia dar y merecia en justicia el premio de la justa. Enterado el rey de lo que los jueces le informaban, dijo: bien conozco que vuestro informe es arreglado á justicia, pero este negocio es de mucha importancia, pues al que se le declara vencedor, por consiguiente, le debo dar á mi hija heredera de mi reino; y aunque ese caballero por sus grandes hechos me parece será de ilustre linaje, quisiera (si os parece) le dijeseis de mi parte me haga el gusto de estar un año en la córte, para que conozca y trate toda la grandeza, y se informe de las circunstancias y usos del pais, en cuyo tiempo podremos saber tambien de qué linaje desciende, y al mismo tiempo esploraremos la voluntad de Elena. Los jueces se conformaron con el dictamen del rey, y le dijeron á Oliveros que en el interin que determinaba darle el premio su magestad, le suplicaba se estuviese en palacio. Oliveros aceptó gustoso el partido, y despues de esto se despidieron todos, retirándose cada uno á su posada.

CAPITULO VI.

Quédase Oliveros á vivir en Palacio.—El rey consulta la voluntad de su hija, y hallándola conforme se decide á darla en premio del torneo á Oliveros.—Embajada de los reyes de Irlanda en declaracion de guerra.

Luego que supo el rey que Oliveros se conformaba á quedarse en palacio, mandó se le diese aposento correspondiente á su merecimiento, en el cual

permaneció algunos dias, asistido y visitado de lo principal de la nobleza, y favorecido del rey, en cuya mesa comia. En este tiempo observaron el rey y los jueces las muchas virtudes, talento y esmerada educacion de Oliveros, de lo que inferian seria hijo de algun rey ó gran señor; pero como nada sabian de cierto, por ver si podian averiguarlo, uno de los jueces le rogó un dia que le hiciese el obsequio de manifestarle si era hijo de rey ó de familia real. Oliveros le respondió que era hijo de un caballero noble de Castilla, que su nombre era Oliveros, pero que su apellido no le era posible revelarle por entonces. El juez le dió á entender que el rey queria darle el premio del torneo, y con él su hija, por cuya noticia le dió Oliveros muchas gracias.

Pasó el juez á ver á S. M., y habiéndole informado de lo que Oliveros le habia dicho, mandó el rey llamar á su hija Elena, y la dijo: «Hija mia, yo quisiera me dijeras con toda franqueza, si eres gustosa en que se le dé tu mano en premio de sus merecimientos al caballero de Castilla.» Elena le respondió: «Señor, este asunto corresponde á V. M. y á los jueces, y no á mí; pero si ese caballero se lo merece, será grave injuria defraudárselo. Oida por el rey la respuesta de su hija, determinó definitivamente que el premiado fuera Oliveros, y para ejecutarlo mandó llamar á los jueces y á toda la grandeza, y reunidos que fueron todos á presencia de su hija, entraron en seguida veinte caballeros armados, los tres jueces y un rey de armas, el cual traia en las manos un hermoso azafate, y en él una joya de oro guarnecida de costosísima pedrería. Llegaron ante el rey, y con el debido acatamiento le dijeron: ¿á quién manda V. M. se le entregue este premio? Y respondió el rey: los jueces á quienes tengo encargado este asunto, que administren justicia, y lo den á quien lo merezca. Se dirigieron á Oliveros, y el mas anciano de los jueces le dice: «Virtuoso y esforzado caballero, el »rey nuestro señor, atendiendo á vuestro esfuerzo y desempeño con que cum»plisteis en los tres dias de la justa, nos manda os entreguemos esta joya »en premio de lo bien que habeis cumplido vuestro deber»; y con el debido acatamiento se la echó al cuello. Luego que Oliveros recibió la joya, fué á besar la mano al rey, le dió las debidas gracias y le ofreció servirle en todo cuanto le mandase: igual espresion hizo á la princesa, y despues á todos los grandes de la córte. Concluida esta ceremonia dijo Oliveros al rey: «Se»ñor, en atencion á ser del gusto de V. M. que yo persevere en palacio, sus»plico me dé algun empleo en que le pueda servir». El rey le dijo que eligiese á su gusto el que le pareciese: eligió ser trinchante en la mesa de la princesa, lo que le concedieron, y admitió gustosa Elena, desempeñando su empleo con tal delicadeza, que todos quedaron prendados de él. En esta forma siguió Oliveros en palacio mas de ocho meses; pero como cada dia iba creciendo en Oliveros el amor que tenia á la princesa, y el rey no disponia de que se efectuase el matrimonio, desazonado el jóven cayó en cama con una tan penosa enfermedad, que los médicos no le encontraban re-

medio. Conociendo la princesa la causa de su dolencia, pidió licencia á su padre para hacerle una visita: el rey se la concedió, y acompañada de cuatro damas suyas pasó al cuarto, y llegándose á la cabecera de la cama, le dijo: «Oliveros. ¿por qué teneis tan poco ánimo? No sabeis que cuando vencisteis en el torneo me ganasteis á mí, y que dentro de pocos dias seré ya vuestra? Ea, esforzaos y cobrad salud, que en mí no hay mutacion ni novedad alguna.» Cuando Oliveros conoció que quien le hablaba era su señora, quiso responderla, pero estaba tan débil que no pudo. Viendo esto la princesa, fué tanta la pena que recibió en su corazon, que sin poder contenerse se le saltaron las lágrimas, y volviéndole á animar, le dijo hiciera por comer y cobrar salud, pues en ello consistia su mayor felicidad. Animado Oliveros con las dulces palabras de su señora, y esforzándose cuanto pudo, la dijo: «Señora, solo vuestra visita ha hecho mas en mi enfermedad que las de todos los médicos: ya me siento mejor, y creo que en breve podré ir á serviros y desempeñar mi empleo.» Con esto se despidió la princesa, dejando á Oliveros muy aliviado en su penosa enfermedad.

A los seis dias de la visita de la princesa se levantó Oliveros, y aunque con pocas fuerzas fué á presentarse para desempeñar su empleo, y á la hora acostumbrada sirvió como anteriormente la mesa de la princesa, y despues de haber tenido los dos varios coloquios, se fueron al cuarto del rey, en el que recibió á Oliveros con mucho agrado, dándole muchos plácemes por la mejoría, y lo mismo hicieron muchos grandes que allí estaban. En este tiempo entró un paje y dijo al rey que dos correos de los reyes de Irlanda querian hablar con S. M. El rey dió su licencia, y presentándose en la real sala, dijo uno de los dos de esta manera: «Los altos y poderosos reyes de Irlanda, sentidos de que en vuestra córte habeis consentido se derramara su real sangre sin causa legítima, os desafian y esperan en el campo, para lo cual ya están dentro de vuestro reino, y han hecho juramento de no volver á su pais sin ejecutar lo que llevo dicho. En vista de lo cual esperamos que V. M. nos dé la respuesta que tenga por conveniente, para desempeñar nuestra comision.

El rey se quedó suspenso y esperando que alguno de los caballeros que allí estaban tomase esta demanda á su cargo; habiendo pasado un gran rato sin responder ninguno, se levantó Oliveros, y puesto ante el rey le dijo: «Alto y poderoso señor: Oliveros de Castilla, el menor de los caballeros de vuestra córte, os suplica encarecidamente le hagais la gracia de nombrarle para que responda y satisfaga en campaña á los reyes de Irlanda, y hacerles conocer su yerro y loco atrevimiento.» El rey le dijo: «Oliveros, bien conozco tu buen deseo, y no dudo desempeñarás este negocio con la valentía y sagacidad que acostumbras, por lo cual y por darte gusto desde luego te doy el cargo que me pides, y para que lo puedas desempeñar pondré á tu mando veinte mil hombres.» Besó Oliveros la mano al rey por tan gran favor, y se salió de la real sala tan alegre, que parecia no haber pasado

enfermedad alguna. A la mañana siguiente, con órden del rey, mandó Oliveros llamará los mensajeros, y les dijo: «El muy poderoso y esclarecido rey de Inglaterra, mi señor, me concedió ayer la merced de daros la contestacion, y usando de mis facultades en su real nombre, respondo digais á los reyes de Irlanda que Oliveros de Castilla se verá con ellos dentro de muy pocos dias, y que ha hecho juramento de no volver á la córte de su señor hasta echarlos de sus tierras ignominiosamente, ó quitarles las vidas. Con cuya respuesta se partieron.

El rey mandó reunir veinte mil soldados y ocho mil alabarderos, cuyo ejército bien provisto de toda clase de pertrechos y municiones de guerra, puso al mando de Oliveros, el cual los mandó formar en un campo llano, y habiendo pasado revista general, les arengó con tanto entusiasmo, que cada cual deseaba con ánsia llegase la hora del combate. Al dia siguiente se armó Oliveros de muy lucidas armas, entró en el cuarto de la princesa, de la cual se despidió con muchas ternezas; y ella con muchas lágrimas se quitó una cadena de oro que tenia al cuello, se la puso á Oliveros diciéndole no la olvidase, pues ella no cesaria de encomendarle á Dios. Pasó al cuarto del rey para besarle la mano, y le pidió licencia para su partida. El rey se la concedió, saliendo de palacio en un poderoso caballo y al frente de su tropa principiaron su camino, el que siguieron con tanta rapidez que en cinco dias pudieron llegar hasta media legua de sus enemigos, los cuales estaban apoderados de una ciudad de las mas populosas de aquel reino, pero cuando supieron la aproximacion de los ingleses, dejaron la poblacion y se posesionaron de un campo llano en disposiciou de esperar la batalla.

CAPITULO VII.

Gana Oliveros la batalla contra los reyes de Irlanda.—Oliveros pasa á Irlanda con su ejército en seguimiento de sus enemigos.—Vence en varios combates y regresa á Inglaterra con los reyes prisioneros.

Asentó Oliveros su real á media legua de distancia de sus enemigos, y habiendo apresado á uno del ejército contrario, este le informó del sitio en que se hallaba acampado, que se componia de veinticinco mil hombres bien armados, y asimismo le informó de otras muchas noticias, con lo cual quedó Oliveros instruido de lo que debia hacer. Mandó pasar revista general y les dijo: «Valerosos y esforzados campeones, compañeros mios, hoy es el dia en que debemos dar á nuestro rey muestras de valor, dejando memoria de nuestras hazañas con la fama de vencedores, pues mas honroso es morir venciendo que vivir vencidos. Si en mi ejército hubiese alguno que le falte valor para esta empresa, dígalo, y muy gustoso le pagaré su sueldo y se volverá á su tierra.» Apenas concluyó este razonamiento cuando

todos á una voz dijeron, que con mucho gusto seguirian sus banderas hasta morir en defensa de su rey. Oliveros les dió muchas gracias, animándoles cuanto pudo, y mandó dividir su ejército en tres trozos: el primero tomó para sí, el segundo lo dió á un caballero llamado Idoarte, y encargó el tercero á otro, nombrado Roberto, y tomando sus disposiciones ordenó á Idoarte que se fuera hácia la ciudad, y que se estuviera quieto hasta que le avisase. A Roberto le mandó se pusiese al otro lado con la misma órden; y habiendo ocupado cada úno su puesto, entró Oliveros por medio con los suyos, y haciéndoles la convenida señal, acometieron los tres á un tiempo con tanto valor, que en poco rato mataron muchos capitanes y caballeros del ejército contrario, y destrozaron el resto de toda la tropa. Viendo los reyes que no podian resistir el ímpetu de las fuerzas de Oliveros, volviendo las riendas á los caballos á todo escape se dirigieron á un puerto de mar que estaba inmediato, y metiéndose en unas embarcaciones que tenian de resguardo, levantaron el áncla y tomaron el rumbo para Irlanda, dejándose el campo cubierto de cadáveres, pertrechos y víveres de toda especie. Oliveros mandó recoger todas las provisiones y despojos del enemigo; y en albricias de la victoria que habian tenido, mandó que el botin se repartiera entre sus soldados.

Al siguiente dia Oliveros envió un parte al rey con todos los pormenores de lo sucedido en tan feliz jornada. Llegada la noticia á la córte, el rey mandó que se leyera públicamente, por cuyo plausible acontecimiento se hicieron muchos regocijos, y la princesa quedó muy complacida. Dejemos la córte en sus diversiones y volvamos á Oliveros, que poco satisfecho por habérsele ido de las manos los reyes de Irlanda, le parecia que era muy poco lo que habia adelantado, por lo que mandó disponer la gente, y puesto él al frente, les dirigió las palabras siguientes; «Muy nobles y esforzados varones, compañeros mios: estoy muy satisfecho de vuestras virtudes »y del gran valor que habeis manifestado en esta ocasion, y me tengo por »dichoso de hallarme al frente de tan valorosos campeones: ya habeis visto »la gran victoria que hemos alcanzado sobre nuestros enemigos; pero ¿qué »hemos adelantado, si se nos han ido los tres reyes, que son los principales »cabezas de quien yo me queria apoderar? Desde luego os aseguro, fieles »compañeros, que es muy poco lo que hemos hecho, por lo cual he dispuesto pasásemos á Irlanda en seguimiento de nuestros enemigos, sin darles »tiempo para que puedan reforzarse: con que asi, ánimo y á ellos.» A todos agradó el dictámen de Oliveros, y tomando la palabra uno de los principales en nombre de todos, dijo: «señor, nosotros salimos de Lóndres para »servir á nuestro rey y hacer lo que vos mandeis, por lo tanto todos esta»mos prontos para seguiros.»

Hizo Oliveros provision de tiendas, pabellones y demas pertrechos necesarios, y en una poderosa armada que en un puerto inmediato habia prevenida, se embarcó con toda su gente, y en pocos dias llegaron á dar vista

al primer puerto de Irlanda; desembarcaron en él y entraron sigilosamente de noche; pero habiendo amanecido quisieron los irlandeses atajar el paso á Oliveros, y se trabó tan sangrienta batalla, que en menos de cuatro horas se perdió mas de cinco mil hombres de una y otra parte. Oliveros siguió hasta llegar á una fuerte villa donde estaba el hijo de un rey, que murió en el torneo, en la que no pudo entrar por la mucha guarnicion que tenia, por lo que le puso cerco y se acampó á su vista. Cuatro dias la estuvo batiendo sin poder tomarla, y al quinto vinieron en su socorro otros cuatro reyes con muy numeroso ejército.

Viéndose Oliveros en tal apuro ordenó su ejército y esperaron á sus enemigos, los cuales como venian en mucho mas gran número, acometieron como leones. Oliveros les salió al encuentro armado de lanza: retó personalmente para que saliese algun gefe á quebrar la lanza, y uno de los cuatro reyes que venian delante aceptó y se arremetieron el uno al otro, siendo tan terribles los encuentros, que en breve tiempo quebraron las lanzas, de cuyos choques cayó el rey en tierra mal herido. Oliveros se apeó para matarle, y el rey pidió por merced que no le quitase la vida, ofreciéndole con juramento ser su prisionero. Le otorgó lo que pedia, y ayudándole á levantarse fué por su pie al ejército de los ingleses donde fué muy custodiado y atendido. Volvió á montar Oliveros en su caballo, y dando la señal de ataque arremetieron los unos á los otros con tanta valentía, que en poco tiempo murieron muchos, asi de los irlandeses como de los ingleses. Venida la noche los contrarios tocaron á recoger, y Oliveros se quedó en el campo diciendo á los suyos: «Valientes compañeros mios, ya habeis visto ha quedado por nosotros el campo, y asimismo habreis notado que aunque ellos son muchos mas que nosotros, han llevado lo peor de la batalla, y han muerto mas de la mitad: pero con todo eso, ellos pueden ser socorridos y nosotros no, por estar en reino estraño; por cuyo motivo no debemos darles tiempo para reponerse; por lo cual corramos á acometerlos sin dejarlos descansar, pues que el peligro consiste en la tardanza.» Mandó Oliveros dividir su gente en seis trozos, á fin de poderlos cercar. Puestos en órden y despues de haber enviado esploradores para saber bien las posiciones que ocupaban los enemigos, con mucho silencio se fueron acercando al ejército contrario, y acometieron todos á un tiempo, haciendo tanto destrozo que asombrados huyeron y desampararon el real. Los reyes se escaparon; pero como estaban todos cercados, fueron á dar en manos de Oliveros, el cual despues de acuchillar la mayor parte del acompañamiento que traian, prendió á los reyes y los entregó á un capitan suyo, para que los pusiese en custodia.

Presos los reyes, destrozado su ejército, y dispersos los que habian quedado, determinó Oliveros combatir una fuerte villa que estaba á la vista, en la que sabian estaba refugiado un príncipe: púsolo por obra, y llegando á sus puertas las halló cerradas y defendidas por mucha gente, á la

cual acometió la mitad del ejército de Oliveros, quemaron las puertas y entraron en la villa, pasando á cuchillo la mayor parte, y hubieran sucumbido todos si no se escaparan entre el tropel y confusion de la tropa. Preso el hijo del rey mandó Oliveros traer los otros cuatro, y á todos los puso en una fuerte torre. Fué la tropa á recoger los trofeos del campamento del enemigo, en el cual hallaron mucha riqueza y grandes provisiones de guerra, todo lo cual mandó Oliveros se repartiera entre sus soldados; y asimismo dispuso que se diese órden para que dispusieran toda la escuadra para darse á la vela al primer aviso. Mandó Oliveros tambien que los cinco reyes prisioneros viniesen á comer con él, honrándoles y atendiéndoles como correspondia, y á los pocos dias se embarcaron para regresar á Inglaterra.

CAPITULO VIII.

Oliveros y su ejército con los reyes prisioneros al llegar á Lóndres son recibidos con gran pompa por el rey y toda la córte.—Casamiento de Oliveros con la princesa Elena.

La escuadra se hizo á la vela al medio dia siguiente, presentándose el viento tan favorable que en cuatro dias lograron llegar á Inglaterra, y saltando en tierra mandó Oliveros á dos capitanes que por la posta llevaran noticia al rey de todo lo sucedido. Asi lo hicieron, por cuya embajada les concedió el rey muchas mercedes, y la princesa les dió muchas joyas. Luego al punto mandó el rey que toda la nobleza se previniera para recibir á Oliveros, y asi que supieron que estaba á una legua de Lóndres, se tañeron todas las campanas y salió el rey con toda la grandeza á recibirle, acompañado del arzobispo. Cuando Oliveros descubrió al rey se apeó de su caballo y le besó la mano; el rey le dió un abrazo con la mayor alegria, y todos juntos entraron en la ciudad con repique general y comun regocijo de todo el vecindario. En esta forma se fueron á la iglesia, y despues de haber hecho oracion entraron en palacio. Oliveros previno á los reyes que le siguieran, y entrando en la real sala le hizo relacion al rey de todo lo sucedido, le presentó delante á los cinco ilustres prisioneros, y S. M. los recibió con mucho agrado, obsequiándolos y admitiéndolos á cenar en su misma mesa.

Al otro dia por la mañana fué Oliveros á visitar á su querida Elena, y despues de varios coloquios que entre los dos hubo, pasó Oliveros al cuarto del rey á saber cómo habia pasado la noche: luego fué al cuarto de los reyes irlandeses, á quienes halló muy desconsolados, y preguntándoles la causa de su afliccion, le respondieron que por contemplarse prisioneros. Oliveros les consoló y les dijo que no tuviesen cuidado alguno, que él los protegeria en todo lo que estuviera de su parte, y que se dispusieran para ir con él á besar la mano al rey; y todos juntos entraron en la real sala, . n

la cual estaba el rey, la princesa y toda la grandeza de la córte: despues de haber hecho el debido acatamiento y besádole la mano, dijo Oliveros: «Alto y poderoso señor, en vuestra presencia teneis rendidos estos cinco reyes, á los cuales os suplico perdoneis, pues no seria blason de vuestra grandeza esgrimir el acero contra un rendido prisionero. y si mi súplica no basta á inclinaros á piedad, apelo á la poderosa proteccion de mi señora la princesa, por cuya intercesion se suavizará vuestro justo enojo.» Oida por el rey la súplica le dijo: «Oliveros, yo te doy todos mis poderes para que en este asunto hagas lo que fuere tu voluntad: tuya es la accion, determina lo que gustes.» Oliveros volvió á besar la mano al rey por la merced que le habia hecho, y dijo (hablando con los ilustres prisioneros): «El muy alto y poderoso rey de Inglaterra, y en su real nombre Oliveros de Castilla, os hace merced de las vidas y tierras que poseiais, dándoos completa libertad sin rescate alguno, con tal que vengais ó envieis una vez cada año á rendir el vasallage debido, con la obligacion de que siempre que S. M. os llame para ayudarle en la guerra ó para cualquier otro asunto, habeis de venir como leales vasallos, de todo lo cual hareis pleito homenage con juramento; mirad si os obligais á cumplirlo.» Atentos estuvieron los reyes al razonamiento que Oliveros pronunció, y habiéndose hecho cargo de todas las condiciones que se les imponian, contestaron que desde luego se obligaban á guardar y cumplir todo cuanto se les habia intimado, para lo cual estaban prontos á hacer el pleito homenage con juramento, el que hicieron luego á presencia de toda la grandeza con las solemnidades que se requerian: en vista de todo esto quedaron los dichos reyes por vasallos del de Inglaterra y por consiguiente absueltos de sus delitos. Y en celebridad de tan fausto acontecimiento se efectuó un gran sarao, en el cual danzaron los reyes y Oliveros con la princesa: despues comieron con mucha alegria: luego pasaron á varios divertimientos y conversaciones con Oliveros, á quien tomaron los reyes estranjeros un estremado cariño.

Despues de haberse retirado todos á descansar, se quedó el rey solo con Oliveros, y le dijo: «Muchos dias hace, amado Oliveros, que queria haberte cumplido la palabra que te dí, y satisfacer el premio que ganaste en el torneo, como asimismo los otros muchos servicios que á mi corona has hecho, lo cual no he puesto en ejecucion antes por la guerra que hemos tenido con la Irlanda; pero ya concluida esta, es mi voluntad en el dia de mañana satisfacerte todos tus servicios, dándote en premio la alhaja que mas estimo, que es mi querida hija, heredera de mi reino, y con ella cuanto tú apetezcas, en lo que conocerás lo mucho que te estimo.» Oliveros hincó la rodilla, y besando la mano al rey le dijo: «Alto y poderoso señor, os servicios que yo he hecho á V. M. son nada en comparacion del premio que por ellos me quereis dar, ni me reconozco acreedor á tanta honra; pero pues V. M. se digna hacérmela, yo la recibo y obedezco gustosísimo.» El rey le dió licencia para que se retirase á descansar, previniéndole se pre-

sentase en su cuarto por la mañana temprano, con lo cual se retiró muy gustoso y satisfecho. No bien habia amanecido cuando Oliveros se vistió las mejores galas que tenia, y se fué á visitar al rey, quien en seguida mandó llamar al arzobispo, á toda la grandeza, á las damas, cortesanos y á los reyes de Irlanda, y juntos todos en la real sala esperaron á que saliese la princesa Elena de su cámara, para acompañarla á la capilla de palacio, en donde habian de celebrar sus esponsales.

Llegados á la capilla y colocados todos por órden en sus respectivos puestos, mandó el rey á Elena y á Oliveros se diesen las manos, y el arzobispo los desposó con la solemnidad acostumbrada. Contar las rícas galas, joyas y piedras preciosas que asi damas como galanes llevaban, los muchos regocijos, torneos y máscaras que se hicíeron en todo el reino, es tan imposible como querer comparar la hermosura de la princesa con la mas perfecta dama, por lo que las paso en silencio, dejándolas á la consideracion del discreto lector. Acabada esta ceremonia, llegada la hora de comer, se sentaron todos á la mesa con el rey, y despues ordenaron los galanes un hermoso simulacro de torneo, treinta de una parte y otros treinta de la otra, en la cual hicieron todos cosas maravillosas y de mucha diversion para el rey y la princesa, en cuyo divertimiento pasaron la mayor parte de la tarde. Despues se efectuó un lucido sarao con diversidad de danzas, á estilo y uso de Irlanda, que duró hasta media noche, y conociendo el rey lo abanzado de la hora, abrazó á su hija y la encomendó á las damas que la llevasen á acostar. Entonces mandó el rey que todos se retiraran á descansar. Las damas tomaron de la mano á la princesa y la llevaron á su cuarto, la desnudaron y la asistieron hasta dejarla en la cama. Cuando Oliveros conoció que Elena estaria ya acostada, besó la mano al rey, le pidió licencia para retirarse y él se la concedió con mucho cariño: lo mismo hicieron los reyes de Irlanda con todos los demas caballeros y damas, retirándose cada uno á su aposento.

Venida la mañana el rey, llevado del paternal amor, entró en el cuarto de los desposados, y saludándolos les echó su bendicion, y les dijo se alegraria mucho hubieran pasado buena la noche. Oliveros quiso levantarse á besarle la mano, pero el rey no lo consintió. Vistiéronse ambos y fueron á pagarle la visita, á cuyo tiempo llegaron los reyes de Irlanda en solicitud de la licencia para retirarse á sus tierras. El rey se la concedió, dándoles armas, caballos y el debido acompañamiento; y Oliveros les encargó no olvidaran el pleito homenage que habian hecho. Ellos ofrecieron no faltar á lo que habian jurado, ni olvidarse jamás de los muchos favores que del rey y él habian recibido, y se pusieron en camino. Ocho dias duraron las bodas en palacio y los regocijos en todo el reino por el ya referido casamiento, y al octavo dia salió la princesa á misa acompañada de su esposo y el correspondiente séquito de damas y caballeros de la córte, celebrando los divinos oficios el reverendo arzobispo con mucha solemnidad. A los nueve meses

parió felizmente la princesa un robusto infante, por cuyo nacimiento se renovaron grandes fiestas y regocijos. Bautizóse el niño y le pusieron por nombre Enrique, el cual con el tiempo fué muy benigno, virtuoso y esforzado. A los dos años parió la princesa una niña muy hermosa, á la que la pusieron por nombre Clariza, con cuya sucesion vivian muy gustosos, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos.

CAPITULO IX.

Oliveros es sorprendido en un monte y conducido preso á Irlanda.—Llega la noticia á Artus y sale de Castilla en busca de su hermano

Por ser la caza un ejercicio corporal y tan semejante á la guerra, tenia Oliveros mucha aficion á montear, y por ejercitarse en diversion tan adecuada á su genio y esfuerzo, determinó hacer una batida en un monte que estaba seis leguas de la ciudad, para lo que mandó llamar sus monteros y les hizo prevenir lo necesario para dicha batida. Habiendo llegado á un monte muy fragoso, los monteros repartieron los puestos y se dió principio á la diversion: apenas Oliveros ocupó el suyo cuando vió venir hácia él un venado: le esperó, y cuando estuvo á tiro le hirió con la ballesta; pero no siendo la herida de muerte, huyó el venado, y se entró por lo mas intrincado del monte: Oliveros, conociendo que iba herido le siguió, sin ser visto de sus monteros, á causa de haber salido por otro puesto un javalí, al cual cargaron todos los perros, y con el mucho ruido que hacian llamó la atencion de todos los demas de la batida.

Oliveros siguió á su venado tanto y con tanta voluntad, que á poco rato se apartó de sus monteros un gran trecho. Viendo al cabo que ya habia perdido de vista al venado, y no sabiendo en qué parage se hallaba, tocó el caracol muchas veces para que le oyesen los suyos, mas le aprovechó muy poco, porque estaba tan distante, que ninguno lo oyó: en este estado, oyó ruido de caballos, y vió que venian hácia donde él estaba mas de cuarenta hombres á caballo siguiendo otro javalí: Oliveros, creyendo serian algunos caballeros de aquella comarca que andaban de caza, les salió a encuentro y se halló con uno de los reyes de Irlanda, que venia á Inglaterra á cumplir el juramento y pleito homenaje que habia hecho, el cual era hijo del rey Maquemor, que mató Oliveros en el torneo. Cuando el rey conoció á Oliveros y le vió solo á pié, comenzó á decir á los suyos: prendedme á ese, que es el asesino de mi padre y quemó mis pueblos. Oliveros que esto oyó empuñando su espada, cargó sobre ellos, y en poco tiempo mató cuatro y derribó de los caballos la mayor parte, pero habiéndole faltado el arma, que se le hizo pedazos, lo cercaron todos y lo prendieron. El rey mandó que no lo mataran, pero ordenó que con mucho cuidado y sigilo

fuese conducido á Irlanda, y que lo pusieran en una fuerte prision hasta que él volviera de su viage por cuyo medio creyó no se podria descubrir la traicion. Atado y cubierto el rostro, porque nadie le conociera, lo montaron en un caballo, y por caminos escusados, sin entrar en poblacion alguna, llegaron á un puerto de mar y embarcándose á la media noche pasaron á Irlanda, y pusieron á Oliveros en una estrecha prision, donde lo dejaremos por ahora, y volveremos á los monteros, que muy descuidados de la gran afliccion en que su señor se hallaba, fatigados de andar por el monte, no pararon en tres dias y sus noches buscando á Oliveros, y ya perdidas las esperanzas de poderlo hallar, se volvieron á palacio muy desconsolados á dar cuenta al rey de todo lo ocurrido.

Cuando el rey y la princesa entendieron la novedad, con muchas lágrimas y desconsuelo pidieron á toda la nobleza salieran en su busca. Al punto partieron por varias partes pero no lo pudieron hallar. Vueltos á palacio sin Oliveros, fué tanta la pena del rey y la princesa, que estuvieron á peligro de perder las vidas; toda la córte se vistió de luto, y no habia ninguno que no sentiera en estremo la pérdida de Oliveros; la princesa se retiró á su cuarto sin quererse dejar ver de nadie, y el rey estaba igualmente tan disgustado, que ninguno se atrevia á hablarle. A este tiempo llegó á la córte el rey de Irlanda á cumplir su juramento: pero el rey de Inglaterra se hallaba tan sumamente desazonado que no quiso dejarse ver, por cuyo motivo se partió de contado el de Irlanda. Aqui los dejaremos para hablar de lo que sucedió á Artus de Algarve.

Ya hemos dicho que cuando Oliveros se partió de Castilla, causó grande sentimiento su desaparicion al rey su padre, pues fué tanto, que de la pena sucumbió á poco tiempo; con cuya muerte y la ausencia de Oliveros determinaron los grandes, en el ínterin que Oliveros parecia, hacer virey y dar el gobierno del reino á Artus, y que este pusiera otro gobernador en Algarve; asi se ejecutó, pero todos vivian disgustados á causa de no tener por rey á su legítimo señor. No alcanzaba poca parte de este sentimiento el mismo Artus; pero ademas de conocer el disgusto con que vivian los vasallos de uno y otro reino, se le agregaba el de la ausencia de su querido hermano y no saber si le volveria á ver, cuyo sentimiento le penetraba tanto el corazon, que huyendo de toda diversion, se solia retirar solo á un jardin. Estando en él una tarde pensando con mucha melancolía en Oliveros, vió caer junto á donde estaba reclinado una carta, y saliendo de su abatimiento, se incorpora, va á cogerla y sin ninguna detencion la abre y lee lo siguiente: *Artus, tu hermano Oliveros se halla preso en una estrecha cárcel, con peligro de perder la vida y necesita tu ayuda.....* Artus sobresaltado suspendió la lectura, y esclamó tristemente: mal podré socorrer á mi hermano no sabiendo dónde está; y continuó leyendo: *Ponte en marcha y sabrás donde se halla. No dilates un momento tu partida.* Artus hizo cuanto pudo por ver si descubria al que

le habia arrojado aquel escrito, y rodeando el jardin muchas veces nad pudo ver: unas veces dudaba de la vecidad del escrito, tomándolo como una chanza de alguno que se queria divertir con él; otras veces por el contrario, lo tenia como un aviso del cielo: asi estuvo largo rato sin tomar decision alguna, hasta que por último quedó tan confuso que no sabia qué hacerse ni qué camino tomar para buscar á su hermano, y sin reparar en los graves inconvenientes que podian ocurrir con su ausencia, se determinó resueltamente á emprender la marcha al capricho de la suerte, y para poderlo ejecutar con menos disgusto de los de la córte, mandó llamar toda la grandeza del reino, y reunidos que fueron en su presencia, les hizo el siguiente razonamiento:

«Muy nobles y virtuosos caballeros: bien sabeis que por la ausencia de mi querido hermano Oliveros, estoy gobernando este reino, por cuyo motivo me ha sido forzoso poner en el mio de Algarve otro gobernador, del cual he sabido muchos y muy graves desafueros, que tienen agitada y molestada la mayor parte de la poblacion, y no siendo este asunto cosa de tolerancia, ni menos de encargarlo á nadie, me es indispensable pasar á saber personalmente la verdad. En vista de lo cual es mi voluntad, que en el ínterin que yo doy la vuelta, nombreis en mi presencia gobernador á vuestro gusto.» Viendo los grandes la justa peticion de Artus, y que el caso no permitia dilacion, nombraron gobernador, y Artus, despidiéndose de ellos, con solo ocho criados salió á la ligera para Algarve. Llegado que fué se detuvo allí algunos dias, y en ellos nombró otros dos nobles ancianos que gobernasen su reino, y les dijo, que él tenia que hacer una romería solo, que su vuelta seria breve, y que en el ínterin gobernaran con prudencia; despedido de ellos salió de la ciudad sin compañia alguna.

Tomó el camino que su caballo quiso elegir, y anduvo todo aquel dia, hasta que la noche y lo espeso de una montaña en que se habia metido no le permitió pasar adelante, y apeándose del caballo le quitó el freno para que comiera; él se sentó al pié de un grande árbol, y allí pasó la noche; venida la mañana montó en su caballo y siguiendo su camino descubrió á lo lejos una gran llanura, se dirigió á aquella parte, y á poco descubrió el mar, llegó á una poblacion donde supo que se hallaba en Andalucía, y sin detenerse volvió á emprender su errante marcha: de allí pasó á Aragon y Cataluña; luego entró en el reino de Francia, anduvo toda la Gascuña, la Normandía y la Bretaña; llegó al puerto de Calés y unos marineros le dijeron que si queria embarcarse para Inglaterra que pronto el navío se hacia á la vela. Artus, que no llevaba destino determinado, dijo que sí y se embarcó; siguiendo su rumbo con viento próspero los primeros dias, pero luego se volvió, y por voluntad de Dios, la nave tomó distinto rumbo y á los quince dias de viaje llegó al primer puerto de Irlanda, y habiendo saltado en tierra, comenzó á caminar por donde le proponia su fantasía esperando siempre en la oferta que le habian hecho en aquella carta, de la que ya iba desconfiando.

Veinte dias anduvo atravesando montes y valles, sin entrar en poblado ni comer otras viandas que yerbas y raices, con notable riesgo de perder la vida á cada paso, por las muchas fieras que habia en aquel pais, cuando caminando una tarde por un frondoso valle, reparó que á pocos pasos de donde él iba estaba tendido sobre una piedra un feroz animal tan espantoso, que solo el mirarlo causaba asombro; el cuerpo era del tamaño de un becerro, el color negro, los ojos encendidos y muy grandes, muy largo de cuello y á veces le encogia tanto que juntaba la cabeza con los hombros, y sacaba dos palmos de lengua mas negra que el carbon: su boca de dragon estaba guarnecida de dos hileras de dientes, y despedia un volcan de humo; los brazos á manera de lagarto ó garras de águila; las alas de murciélago, y su cola se dividia en dos iguales. Cuando Artus vió aquel feroz animal, quiso apartarse á un lado; pero el mónstruo, valiéndose de las alas, se levantó en el aire y se puso sobre Artus en ademan de herirle con las uñas. Artus, metiendo mano á su espada, le tiró un fuerte revés; mas era el pellejo y conchas que tenia tan duras, que no le hizo daño alguno. El animal se bajó al suelo y arremetió á Artus; él se defendia con su espada tirándole estocadas; el animal le hurtaba el cuerpo, y con las uñas y las colas, no dejaba de herirle: en esta forma estuvieron batallando mas de dos horas, y viéndose el animal fatigado tendió las alas para volverse á levantar en el aire, y aprovechándose Artus de esta ocasion, con mucha ligereza le tiró tan fuerte estocada por debajo de una ala, que le pasó el corazon, y dando muy fuertes graznidos quedó muerto. Artus dió gracias á Dios de verse libre de tan espantoso mónstruo, y se sentó un poco á descansar; mirándose sus muchas heridas y no tener con qué curarse.

En esta tribulacion estaba Artus, cuando oyó pisadas por el monte que se acercaban á donde él estaba: se sobresaltó estraordinariamente creyendo fuese otro fiero animal: probó á levantarse y no pudo; entonces juntando las manos esclamó diciendo: «¡oh Vírgen Maria! Tú que eres consuelo de los desvalidos, vuelve, pues, esos ojos de misericordia á este pecador desamparado de todo el mundo; ruega á tu precioso Hijo que me perdone mis pecados.» Y volviendo la cara vio junto á sí un caballero todo vestido de blanco, el cual le saludó y le llamó diciéndole: Artus, rey de Algarve, qué desdicha te ha puesto en este estado? Artus, con la admiracion de oir que en tierra tan remota hubiera quien le conociera, le dijo: caballero, quien quiera que seas, por amor de Dios te suplico me ayudes á salir de este monte, y me acompañes hasta el primer pueblo donde pueda ser curado. El caballero con mucho amor le respondió: Artus, no te aflijas, pues mi venida no solo ha sido á socorrerte y curarte, sí que tambien á cumplirte la palabra que en aquella carta leiste en tu jardin: yo fui quien allí te la eché, el que aquí te curaré y te diré dónde está tu amado Oliveros: tambien te diré el modo que has de tener para sacarle de la prision en que

se halla. Absorto quedó Artus de oir las palabras que le decia, y con mucha admiracion le dijo: segun eso, vos, señor, conoceis á mi hermano Oliveros? Y el caballero le respondió que si, y que era su amigo; y sacando un bote de bálsamo le fué curando las heridas, que apenas las iba tocando, cuando quedaban enteramente cicatrizadas. Concluida esta diligencia sacó otro bote, del cual le mandó á Artus que bebiera; hízolo así, y luego quedó tan confortado y con tantas fuerzas como si no hubiera perdido ninguna sangre.

Despues el caballero blanco le sacó del monte, y le contó todos los acontecimientos que le habian sucedido á Oliveros desde que salió de Inglaterra, sin omitir nada, y le dijo como se hallaba preso en una fuerte torre, que distaba de alli cuatro leguas, que el rey que lo tenia preso estaba en una quinta media legua retirada de la ciudad donde estaba la prision de Oliveros, con solo seis hombres que le acompañaban, sin mas armas que las espadas; si quieres, añadió, sígueme, que yo te pondré allá en muy breve tiempo. Artus le dió muy rendidas gracias, el caballero le dijo que montara en las ancas de su caballo, y llegaron á la quinta donde estaba el rey con solo los seis hombres como se ha dicho. El caballero blanco dijo á Artus: aquel que está allí es el rey, y aquella torre que se descubre mas allá es la prision de Oliveros. Artus volvió la cabeza y vió al rey en una arboleda deleitándose en ella con sus caballeros, y el vestido de blanco continuó diciéndole: Artus, si consiguieres victoria, y libras á tu hermano, dile que un caballero vestido de blanco te ha traido aquí, que no me olvide; y diciendo esto, desapareció quedando Artus solo.

CAPITULO X.

Artus libra á Oliveros de la prision y toman el camino para Inglaterra. —Alegria en la córte por su llegada.—Queda castigada la traicion del rey de Irlanda.

Cuando Artus vió que sin saber por dónde se le habia desaparecido el caballero, se quedó absorto, mas no por eso olvidó el empeño en que se hallaba, y acercándose al sitio donde estaba el rey con sus acompañantes, cerró con ellos, y de la primera cuchillada le hundió á uno la cabeza, los otros hicieron frente y trabaron una cruel lucha pero en breve tiempo los derribó al suelo escepto uno que huyó dejándose al rey solo, el cual con miedo de la muerte hizo lo mismo; pero Artus le siguió diciéndole: ahora pagarás, infame rey, la injuria que has hecho al noble Oliveros. Viéndose el rey perdido, incado de rodillas suplicó á Artus no le quitase la vida, á lo cual le contestó este: rey, de ninguna manera puedes escapar de mis manos si no es con la condicion de que me hagas solemne juramento de entregar-

me aquí luego á Oliveros, que tan sin razon tienes encarcelado en tu fortaleza, y que nos dejes salir de tu reino sin que recibamos injuria de tí ni de ninguno de los tuyos. El rey le prometió que se lo entregaria, y los dos juntos pasaron á la prision de Oliveros, de la cual le sacaron tan flaco y descolorido, que á no saber Artus que era aquel no le hubiera conocido. Cuando Oliveros vió á Artus corriendo fué á estrecharlo en sus brazos, y mirándose el uno al otro estuvieron largo rato sin poder hablar, al cabo del cual se dijeron tales ternezas, que podian conmover los mas duros corazones. Viendo tan buena ocasion el rey, suplicó á Oliveros le perdonase sus yerros, y que tomara de su palacio y reino lo que fuera de su voluntad. Viendo Oliveros la humildad con que lo suplicaba el rey, olvidando las injurias recibidas, le perdonó.

Artus no quiso hablar nada por el mucho enojo que tenia, y sin despedirse de él tomaron los dos hermanos el camino para Inglaterra, y durante el viaje se refirieron mútuamente todas las aventuras que habian pasado desde que se habian separado sin omitir Artus lo del caballero vestido de blanco, el cual le dió noticia del sitio de su prision y le acompañó hasta llegar á la quinta del rey, y despues se habia desaparecido sin saber por dónde. Cuando oyó Oliveros los favores que por Artus habia hecho el caballero blanco, creyó sin duda que seria el que tanto bien le habia hecho en el torneo, y entonces le contó á Artus los muchos favores que de ese caballero habia recibido. En amistosas conversaciones pasaron el camino con mucho gusto sin sucederles en él cosa particular, y habiendo llegado á dar vista á Lóndres, determinó Oliveros esperar hasta que anocheciera para entrar, por no venir con el séquito y la decencia que correspondia á su estado.

Luego que llegó la noche entró Oliveros de incógnito en el palacio, y antes de ver á la princesa se fué á visitar al rey y besarle la mano, el cual asi que le vió, con grande alborozo le echó los brazos al cuello, y á grandes voces comenzó á decir: albricias, albricias, querido hijo Oliveros, á cuyas voces acudieron algunos grandes que estaban en palacio; estos llevaron la noticia á la princesa, la cual, casi fuera de sentido del gran placer que recibió, sin adorno ni compañia alguna se vino al cuarto del rey, donde halló á su esposo Oliveros abrazado con su padre, que aun no se habian soltado. Contar los estremados afectos y ternezas que entre Oliveros, la princesa y el rey pasaron, no es posible describirlo, y los dejo á la consideracion del lector.

Al dia siguiente se divulgó por toda la ciudad la venida de Oliveros, por la cual se hicieron tan grandes fiestas y regocijos, que escedieron á los de las bodas. Ya sosegado el palacio, contó Oliveros al rey y á la princesa el modo con que le prendió el rey de Irlanda, lo que sufrió y padeció en la prision, y como le habia libertado aquel caballero (mostrándoles á Artus), su íntimo amigo, con el que se habia criado desde su tier-

DAMAGED PAGE(S)

se halla. Absorto quedó Artus de oir las palabras que le decia, y con mucha admiracion le dijo: segun eso, vos, señor, conoceis á mi hermano Oliveros? Y el caballero le respondió que si, y que era su amigo; y sacando un bote de bálsamo le fué curando las heridas, que apenas las iba tocando, cuando quedaban enteramente cicatrizadas. Concluida esta diligencia sacó otro bote, del cual le mandó á Artus que bebiera; hízolo así, y luego quedó tan confortado y con tantas fuerzas como si no hubiera perdido ninguna sangre.

Despues el caballero blanco le sacó del monte, y le contó todos los acontecimientos que le habian sucedido á Oliveros desde que salió de Inglaterra, sin omitir nada, y le dijo como se hallaba preso en una fuerte torre, que distaba de alli cuatro leguas, que el rey que lo tenia preso estaba en una quinta media legua retirada de la ciudad donde estaba la prision de Oliveros, con solo seis hombres que le acompañaban, sin mas armas que las espadas; si quieres, añadió, sígueme, que yo te pondré allá en muy breve tiempo. Artus le dió muy rendidas gracias, el caballero le dijo que montara en las ancas de su caballo, y llegaron á la quinta donde estaba el rey con solo los seis hombres como se ha dicho. El caballero blanco dijo á Artus: aquel que está allí es el rey, y aquella torre que se descubre mas allá es la prision de Oliveros. Artus volvió la cabeza y vió al rey en una arboleda deleitándose en ella con sus caballeros, y el vestido de blanco continuó diciéndole: Artus, si consiguieres victoria, y libras á tu hermano, dile que un caballero vestido de blanco te ha traido aquí, que no me olvide; y diciendo esto, desapareció quedando Artus solo.

CAPITULO X.

Artus libra á Oliveros de la prision y toman el camino para Inglaterra. —Alegria en la córte por su llegada.—Queda castigada la traicion del rey de Irlanda.

Cuando Artus vió que sin saber por dónde se le habia desaparecido el caballero, se quedó absorto, mas no por eso olvidó el empeño en que se hallaba, y acercándose al sitio donde estaba el rey con sus acompañantes, cerró con ellos, y de la primera cuchillada le hundió á uno la cabeza, los otros hicieron frente y trabaron una cruel lucha pero en breve tiempo los derribó al suelo escepto uno que huyó dejándose al rey solo, el cual con miedo de la muerte hizo lo mismo; pero Artus le siguió diciéndole: ahora pagarás, infame rey, la injuria que has hecho al noble Oliveros. Viéndose el rey perdido, incado de rodillas suplicó á Artus no le quitase la vida, á lo cual le contestó este: rey, de ninguna manera puedes escapar de mis manos si no es con la condicion de que me hagas solemne juramento de entregar-

me aquí luego á Oliveros, que tan sin razon tienes encarcelado en tu fortaleza, y que nos dejes salir de tu reino sin que recibamos injuria de tí ni de ninguno de los tuyos. El rey le prometió que se lo entregaria, y los dos juntos pasaron á la prision de Oliveros, de la cual le sacaron tan flaco y descolorido, que á no saber Artus que era aquel no le hubiera conocido. Cuando Oliveros vió á Artus corriendo fué á estrecharlo en sus brazos, y mirándose el uno al otro estuvieron largo rato sin poder hablar, al cabo del cual se dijeron tales ternezas, que podian conmover los mas duros corazones. Viendo tan buena ocasion el rey, suplicó á Oliveros le perdonase sus yerros, y que tomara de su palacio y reino lo que fuera de su voluntad. Viendo Oliveros la humildad con que lo suplicaba el rey, olvidando las injurias recibidas, le perdonó.

Artus no quiso hablar nada por el mucho enojo que tenia, y sin despedirse de él tomaron los dos hermanos el camino para Inglaterra, y durante el viaje se refirieron mútuamente todas las aventuras que habian pasado desde que se habian separado sin omitir Artus lo del caballero vestido de blanco, el cual le dió noticia del sitio de su prision y le acompañó hasta llegar á la quinta del rey, y despues se habia desaparecido sin saber por dónde. Cuando oyó Oliveros los favores que por Artus habia hecho el caballero blanco, creyó sin duda que seria el que tanto bien le habia hecho en el torneo, y entonces le contó á Artus los muchos favores que de ese caballero habia recibido. En amistosas conversaciones pasaron el camino con mucho gusto sin sucederles en él cosa particular, y habiendo llegado á dar vista á Lóndres, determinó Oliveros esperar hasta que anocheciera para entrar, por no venir con el séquito y la decencia que correspondia á su estado.

Luego que llegó la noche entró Oliveros de incógnito en el palacio, y antes de ver á la princesa se fué á visitar al rey y besarle la mano, el cual así que le vió, con grande alborozo le echó los brazos al cuello, y á grandes voces comenzó á decir: albricias, albricias, querido hijo Oliveros, á cuyas voces acudieron algunos grandes que estaban en palacio; estos llevaron la noticia á la princesa, la cual, casi fuera de sentido del gran placer que recibió, sin adorno ni compañia alguna se vino al cuarto del rey, donde halló á su esposo Oliveros abrazado con su padre, que aun no se habian soltado. Contar los estremados afectos y ternezas que entre Oliveros, la princesa y el rey pasaron, no es posible describirlo, y los dejo á la consideracion del lector.

Al dia siguiente se divulgó por toda la ciudad la venida de Oliveros, por la cual se hicieron tan grandes fiestas y regocijos, que escedieron á los de las bodas. Ya sosegado el palacio, contó Oliveros al rey y á la princesa el modo con que le prendió el rey de Irlanda, lo que sufrió y padeció en la prision, y como le habia libertado aquel caballero (mostrándoles á Artus), su íntimo amigo, con el que se habia criado desde su tier-

na edad. A todo lo cual, hallándose presente Artus, contó al rey y á la princesa todos los acontecimientos que le habian pasado en el camino.

Atento estuvo el rey escuchando las aventuras [illegible] peligros que Artus habia pasado por libertar á Oliveros, y le dijo: tan [illegible]ado y reconocido me has dejado, querido Artus, con los favores que por [illegible] hijo has hecho, que no hallo en mi reino empleo digno á tu merecimiento. Desde aquel dia mandó el rey á sus secretarios y mayordomos que diesen á Artus el mismo tratamiento, honores y servicios que á los demas de su real familia; y en pocos dias fué tan querido de toda la córte como el propio Oliveros, y el rey por complacerles hacia disponer funciones de justas y torneos á menudo, llevando siempre los dos compañeros la honra y prez de la fiesta: mas Oliveros holgaba dar siempre en todas las cosas la preferencia á su querido Artus. Un dia que se paseaban en compañía del rey por un delicioso jardin platicando sobre varios hechos de guerra, dijo Artus al rey: decidme, señor, ¿cómo olvidais la injuria y ultraje que habeis recibido del rey de Irlanda? pues si esta traicion queda sin castigo, se dará ocasion á que cualquier dia os hagan otro tanto.

Atento el rey á las razones de Artus, le contestó diciendo: amigo Artus, precisamente me has tocado un punto en el que estoy en un todo conforme con tus ideas, pero que por ciertas consideraciones no habia querido promover: mas no obstante, si tú eres gustoso, yo quisiera confiar á tu valor el mando y gobierno de mis tropas, con las que has de pasar á Irlanda á vengar la prision de Oliveros, y espero dejarás vindicada la violacion hecha á la nacion inglesa. Artus aceptó el partido; pero Oliveros, que habia estado callado hasta entonces, dijo al rey: señor, no me parece conforme se le haga daño alguno al rey de Irlanda, en atencion á que yo le perdoné todas las injurias que de él habia recibido. A lo cual respondió Artus: es muy cierto que tú le perdonaste, pero yo no, pues debo tomar satisfaccion de semejante traicion; y dijo el rey: aunque los dos le hubiérais perdonado, no tuve yo parte en ello, que soy el mas injuriado, por ser ese rey vasallo mio desde que juró el pleito homenage: en vista de lo cual, tú, Oliveros, no faltas á la palabra, pues no le vas á perseguir, y tú, Artus, has de cumplir lo que me has ofrecido, y en esto no se hable mas. Artus quedó muy contento, y Oliveros tuvo que conformarse con lo que el rey mandó.

Al dia siguiente dió el rey órden de que se aprestasen á las órdenes de Artus veinte mil hombres los cuales se armaron y equiparon de todo lo necesario, y estando todo dispuesto, fué Artus á besar la mano al rey, y despidiéndose de su amado Oliveros y de la princesa, se partió con tanta celeridad, que en muy poco tiempo llegó á la vista de la ciudad que ocupaba el rey, á cuyo frente sentó su real. Viendo el rey aquella novedad y pensando que seria Oliveros, le envió un embajador, recordándole la fé que le habia dado y perdon que le habia ofrecido al tiempo de su partida.

A lo que respondió Artus desengañándole del error en que estaba, é intimándole que se rindiera á discrecion ó que se apercibiese al combate.

Vuelto el embajador á la ciudad y dada la respuesta al rey, mandó como hombre esforzado y de gran corazon, apercibir su gente montando á caballo, se salió al campo seguido de su ejército, y arremetiéndose los unos á los otros se trabó una sangrienta lucha. Artus descubrió á lo lejos al rey de Irlanda, que muy ufano hacia grande destrozo en los suyos: y muy lleno de enojo se fué á él; bien pronto se hallaron los dos combatientes frente á frente; ambos se arremeten á un tiempo, siendo tan fuerte el encuentro, que los caballos se sentaron de ancas; pero Artus con mucha ligereza antes que el rey se incorporara le dió un bote de lanza tan fuerte, que falseándole la coraza le pasó por medio del cuerpo y cayó muerto, con cuyo motivo se desbandó todo su ejército, y vergonzosamente huyeron á la ciudad, habiendo quedado mas de la mitad muertos en el campo. Artus tocó retirada para recoger su gente, y en aquel mismo dia se embarcó para Inglaterra con la gloria de haber muerto á su enemigo. Estando ya cerca de Lóndres despachó un correo al rey avisándole su venida, con cuya noticia mandó S. M. apercibir toda la grandeza, y acompañado de ella y de Oliveros le salió á recibir, y le llevó en su compañia hasta palacio, donde se hicieron grandes funciones en celebridad de la victoria alcanzada por Artus.

CAPITULO XI

Artus adolece de una penosa enfermedad, de la que sana milagrosamente.—Regresan todos á España y Oliveros se sienta en el trono de Castilla.

De grande contento y satisfaccion fué para Oliveros el triunfo conseguido por su querido Artus en la arriesgada espedicion que acababa de hacer; y un dia hablando los dos amigos del reino de Castilla, Artus hubo de poner en conocimiento de Oliveros el fallecimiento de su padre, que hasta entonces habia tenido por conveniente ocultarle por no disgustarlo; tambien le dijo como su madre se habia retirado á vivir al reino de Algarve. Al oir Oliveros esta novedad se le inmutó el semblante, y tuvo el sentimiento que se deja conocer; despues de pasada la primera impresion que le habia causado tan infausto como inesperado suceso, encargó á Artus que no lo divulgase por entonces, pero que pasado algun tiempo, él lo pondria en conocimiento del rey y de Elena, los cuales tendrian gran placer cuando supiesen que era hijo de tan poderoso monarca.

Contentos vivian los dos hermanos, mas la fortuna, que en sus mudanzas nunca descansa, les trocó sus placeres en tristezas y disgustos. Fué el

caso que adoleció Artus de una penosa y pestífera enfermedad en la cabeza, de la cual le salian una especie de gusanos negros en tanto número, que le cubrian la cara, con tal hedor, que no habia quien pudiera parar junto á él, sino su querido hermano Oliveros, que nunca le desamparó. Los médicos y cirujanos estaban atónitos, sin saber qué hacerse y sin poder entender qué enfermedad era aquella. El rey, Oliveros, la princesa y toda la grandeza, estaban sumamente lastimados al ver que ningun remedio se hallaba para alivio del enfermo, y todos creian que pocos dias viviria. Artus con mucha paciencia clamaba á Dios le sacara de tantas penas, y le llevara á descansar. Oliveros hizo muchas promesas por la salud de su querido hermano, pero ninguna cosa bastaba. En medio de tanta afliccion, estando Oliveros sentado á la cabecera de su cama, falto de sueño á causa de las muchas noches que le habia velado, se quedó algo dormido, y se le vino á la imaginacion como un sueño, que el caballero blanco, su favorecedor, le decia: *Oliveros, baja al jardin, toma tal yerba, mójala, aplícala á la cabeza de Artus, y conseguirá la salud.*

Alborozado Oliveros con esta inspiracion despertó, y mirando á un lado y á otro, y no viendo á nadie, conoció que habia sido sueño fantástico, por lo que se enterneció mucho, y con muchas lágrimas y angustias comenzó á decir: ¡oh caballero, mi favorecedor; yo te ruego encarecidamente, que así como me ayudaste en todos los peligros en que me ví en el monte, cuando me proveiste de armas, caballo y gente, como tambien en todos los acontecimientos del torneo, quieras ayudar y favorecer á este desvalido enfermo, que ya está para espirar! Estas angustiosas palabras decia Oliveros en voz baja, porque no lo entendiera Artus, cuando oyó una voz junto á sí, que le dijo: «aplica al enfermo la yerba que he dicho, y cobrará la salud.» Apenas oyó Oliveros estas palabras se partió al jardin, tomó la yerba y con mucho cuidado la aplicó á la cabeza del enfermo con tanta felicidad, que cuando amaneció el dia siguiente ya no se veia gusano alguno y el hedor era menos: siguió Oliveros aplicándola dos veces en cada dia, con cuya virtud se fué mejorando el enfermo tanto, que al cuarto dia ya podia hablar y comer. Atónitos los médicos con tan repentina salud, preguntaron á Oliveros, qué yerba era aquella, y quién se la habia dado á conocer. Oliveros no quiso descubrir el secreto á nadie sino á su querido hermano Artus, el cual dentro del corto término de quince dias, cobró enteramente la salud con tanta perfeccion, que ni aun las cicatrices se conocian.

Por este tiempo se divulgó en la córte de Inglaterra la muerte del rey de Castilla, cuya noticia fué de tanto sentimiento para él, que no pudiendo disimular su pena, dió á entender al rey y á la princesa lo que hasta entonces no sabian, pues Oliveros siempre habia ocultado que era hijo del rey de Castilla; pero conociendo que era ya llegado el caso de darse á conocer, un dia en que se hallaba en presencia del rey, con lágrimas en los ojos

de la grande sensacion que sentia, comenzó á hablar de esta manera: «Esclarecido y poderoso señor, rey de Inglaterra, vos casásteis vuestra única hija y heredera con un hombre estranjero sin conocer su condicion ni linaje; pues sabed, señor, que el que teneis delante de vos y tiene la honra de ser vuestro yerno es hijo de los reyes de España; habiendo fallecido mi señor padre, me corresponde por derecho ocupar el trono de mis mayores. Yo, señor, dejé mi familia y abandoné mi patria por causa de ciertas desavenencias que tuvieron lugar en la córte. No pudiendo Artus sufrir con impasibilidad mi larga ausencia, resolvió encomendar mi reino (que por muerte del rey mi padre estaba á su cargo) á un gobernador, y solo, sin acompañamiento alguno, ha corrido gran parte de Europa en busca mia. Los trabajos que ha pasado, los infortunios y penalidades que ha sufrido por mar y tierra, seria difuso el referirlos. Aportó por fin á Irlanda: y andando por un desierto áspero y plagado de fieras, halló un singular caballero que le dió noticia de como yo me hallaba preso en una fortaleza de aquel pais: apenas tuvo conocimiento de ello, cuando hizo juramento de libertarme á toda costa, y asi lo cumplió, arrostrando con valor y arriesgando su vida, cuantos peligros y obstáculos se le ponian delante; libre ya de mis tiranos opresores tomamos los dos el camino para Inglaterra, donde llegamos de la manera que ya sabeis.»

Maravillado quedó el rey de lo que Oliveros le acababa de decir: luego fué á estrecharlo en sus brazos, y le dijo que se tenia por el mas dichoso del mundo por haberle casado con su hija.

Certificado el rey de la muerte del de Castilla, aconsejó á Oliveros pasase á su reino á jurarse y tomar posesion. Mucho agradó á Oliveros este consejo pues era lo propio que él deseaba, y para ver si su esposa Elena era gustosa en ello, la preguntó si la pesaria dejar su reino; y ella respondió que mas queria estar con él en otro reino que en el suyo separada de su compañia: visto lo cual determinó partirse para Castilla con su querida esposa, hijos y su hermano Artus, para cuya partida previno todo lo necesario. El rey mandó aprestar la servidumbre de los ilustres viajeros, los proveyó de buenos caballos, joyas y todo cuanto pudiesen necesitar, asi para el camino como para presentarse en la córte de Castilla con toda la pompa y brillantez que correspondia á su rango; llegado el dia de la marcha se despidieron del rey y toda la grandeza. Contar la pena que el rey tuvo en esta despedida no es fácil poder esplicarla, y se deja á la consideracion del lector.

Despues de muchas lágrimas de una parte y de otra se partieron para Castilla con grande acompañamiento de lo mejor del reino; Oliveros dijo á Artus se adelantara á dar la noticia; este lo hizo así, y habiendo llegado á la córte de España y hecho saber la venida de Oliveros, ya casado con la hija del rey de Inglaterra de la que tenian un hijo y una hija, se alegraron mucho, y dispusieron grandes funciones y regocijos en todo el rei-

no para su recibimiento. Artus envió correos á su madre avisándola de como Oliveros estaba para llegar á la corte acompañado de su esposa y de sus hijos. Hizo adornar el palacio con mucha magnificencia, mandó preparar las posadas de los pueblos por donde habian de transitar, habilitándolas de todo lo necesario para las personas reales y su acompañamiento. Llegados cerca de Castilla le salieron á recibir Artus y los principales caballeros, con la reina de Algarve, madre de Artus, la cual luego que vió á Oliveros le dió un abrazo y le pidió perdon; él la recibió con mucho agrado, y despues se fué á cumplimentar á la princesa, y todos juntos con grandes regocijos entraron en el real palacio. Al tercer dia coronaron á Oliveros, y siguieron los regocijos por muchos dias con la mayor alegria. Ya concluidas las funciones, la reina de Algarve se retiró á su reino, donde se coronó su hijo Artus, y cada uno gobernó su reino con mucha tranquilidad.

CAPITULO XII.

El caballero blanco exije de Oliveros el cumplimiento de lo que le habia ofrecido en el monte.—Accion generosa del noble caballero.—Casamiento de Artus.—Conclusion.

Vivian Oliveros con su mujer é hijos muy gustosos, y asimismo estaban contentos todos sus vasallos, cuando una mañana al apuntar el alba estando el rey Oliveros en la cama con su mujer oyó que en la puerta de su cuarto daban grandes y repetidos golpes; el rey se incorporó en la cama, y viendo que ninguno de los camareros ni guardias respondian, y que los golpes no cesaban, dijo: ¿quién es el que llama? Y respondieron: abre la puerta al instante, y si no la echaré al suelo. El rey muy enojado saltó de la cama, y tomando la espada fué á la puerta y abriéndola se halló con el caballero blanco. Luego que le vió quedó sorprendido, soltó la espada y dándole un estrecho abrazo le hizo entrar y tomar asiento. El caballero tomó en seguida la palabra y dijo al rey: Oliveros, acaso mi venida no traerá ningun placer á tu casa, pero yo creo que no estarás olvidado del trato que conmigo hicistes cuando estabas en el desierto de Inglaterra solo, herido, pobre, sin caballo ni armas. A lo que respondió Oliveros: muy bien me acuerdo de todo lo que alli tratamos, y de lo mucho que te debo, y en confirmacion de que nada me se ha olvidado, en este baul tengo separadas sobre mi conciencia las joyas, cadenas y piedras preciosas que me entregaron los jueces en premio de haber vencido, esperando ocasion para poderte entregar la mitad de ellas, segun tratamos, ó todas si las quisieres. El caballero aparentando mucho enojo dijo á Oliveros: ¿y no consiste mas que en eso los premios del torneo? ¿No ganaste por él la mujer que tienes? ¿De ella no tienes dos hijos? Pues de estos y de aquella me has de dar

la mitad, como de las joyas, pues todo es ganado en el torneo: á lo cual no te puedes resistir segun nuestro trato, y en el caso de no cumplirlo, en breve tomaré satisfaccion del engaño que me has hecho, quitándote la vida á tí, á tus hijos y mujer; en vista de lo cual cúmpleme lo que me debes si no quieres esperimentar mi furor.

Cuando el rey Oliveros oyó la demanda del caballero, se quedó casi fuera de sentido, sin saber qué hacerse, y le dijo: es cierto que por haber ganado en el torneo tengo la princesa por mujer y de ella dos hijos que ves; pero como estas no son prendas que se puedan dar ni partir, no es regular que tú me las pidas, ni yo te las conceda. El caballero muy formalizado respondió á Oliveros: tú me ofreciste con juramento darme la mitad de todo lo ganado sin escepcion de ninguna clase, en virtud de esta palabra y de haberte yo cumplido cuanto te ofrecí, y gastando para ello la mayor parte de mis caudales, estás obligado á darme la mitad de las joyas, mitad de los hijos y la mitad de la mujer; si estas prendas, como tú dices, no deben ser partibles, hubiéraslo mirado antes de ofrecerlo; ya no tiene remedio, cumple lo que debes sin buscar escusas cautelosas y no me detengas mas.

La reina que con mucha atencion y no menos susto escuchaba esta contienda desde su lecho, enterada en la demanda del caballero, cubriéndose lo mejor que pudo bajó de la cama; puesta de rodillas delante del caballero, con muchas lágrimas le dijo que le daria el reino de Inglaterra y cuanto en su palacio habia, porque no le llevara ninguno de sus hijos. El rey Oliveros le hizo iguales ofrecimientos y cuanto él pudiese servirle, porque no le tocara á la princesa. El caballero con mucho mas empeño que antes le respondió: que aunque le dieran todos los reinos del mundo no desistia de su justa pretension, y que no lo dilataran, pues ya estaba falto de paciencia. Viendo la reina el enojo del caballero, temerosa del mayor daño, tomó con muchas lágrimas los dos hijos, y poniéndose delante le dijo que tomara el que quisiera. El caballero eligió el varon, despues tomó de las joyas lo que le pareció, y volviéndose á Oliveros, le dijo que le acabara de pagar dándole la mitad de la mujer, que era lo que le faltaba. Oliveros viendo que no podia dejar de cumplir lo que tan frágilmente le habia ofrecido, con indecibles angustias y muchas lágrimas le dijo: ¿cómo es posible que te de la mitad de la mujer, sin quitarla la vida? y de una mujer muerta ¿qué provecho podrás sacar de ella? á lo que le respondió el caballero: yo no tengo que ver en eso, dame lo que me toca y sea como fuere: pues ya te dije que no tomaria cosa alguna si no lo que de derecho me corresponde. Viendo Oliveros que ya no tenia remedio tomó la espada, y dándosela al caballero le dijo: en mí no cabe quitar la vida á quien tanto estimo, y no lo haré aunque me hagas pedazos; ahí tienes la espada, haz lo que quisieres: y volviéndose para su esposa la abrazó, y llorando la rogó que le perdonase de lo que su indiscrecion era causa.

Viendo el caballero que ya Oliveros habia cumplido su palabra, volvió la espada á la vaina, y con mucha serenidad y afables palabras, le dijo: Díme, Oliveros, ¿te acuerdas de un don Juan Talabor, que despues de haber navegado y caminado contigo por diversas tierras murió, y habiendo embargado su cuerpo un mercader por una gruesa cantidad que el difunto Talabor le debia, tú la pagastes, y desembargando su cuerpo le hiciste dar honrosa sepultura? Oliveros le respondió que de todo se acordaba muy bien: á lo que replicó el caballero: pues sabe que soy aquel don Juan Talabor, yo soy el que te dió en el desierto armas, caballo y gente, el que te asistió los tres dias del torneo, el que te dió todo lo necesario para presentarte al rey de Inglaterra la noche última del torneo, el que dijo y llevó á Artus á la prision donde estabas en Irlanda, y el que te dió el remedio para la enfermedad de Artus. Todo lo cual he hecho por tí en recompensa de aquella deuda que por mí pagaste y del entierro que hiciste á mi cuerpo, por cuya obra de caridad permitió Dios nuestro Señor que yo saliese de las penas del purgatorio y te sirviese en tus necesidades; la causa porque el primer dia del torneo te traje los atavíos y los caballos negros, fué por dar á entender las tinieblas en que estaba; el segundo dia los trages colorados, por significar el fuego del purgatorio en que estaba purgando mis pecados; el tercer dia fueron los atavíos blancos, en significacion de la limpieza y puridad que mi ánima esperaba para subir á los cielos. Quédate en paz con tu mujer, hijos, joyas y reinos, y no te olvides de hacer obras de caridad; y diciendo esto desapareció, dejando al rey y á la reina llenos de admiracion y consuelo.

De allí á poco tiempo volvió Artus á la córte de España, de cuya visita quedaron muy complacidos el rey, su esposa y toda la córte, y todos á porfía se esmeraban en agasajarle y divertirle. Por este tiempo el infante Enrique hijo de Oliveros se habia hecho un arrogante mozo, y era en estremo querido de todo el reino; asimismo Clariza habia llegado ya á la edad de la pubertad y estaba dotada de gran hermosura al par que de un talento despejado; su padre juzgó muy acertado el darla por esposa á su inolvidable amigo, y un dia que se hallaban todos presentes, tomando á su hija por la mano, dijo: querido hermano Artus, ya es tiempo que hagas asiento en tu reino, que aunque está en él tu señora madre para regir y mandar, siempre serás tú mas temido y respetado que ella, y en este caso será tambien conveniente que tomes estado: si esto que te propongo merece tu aprobacion, me atrevo á ofrecerte a mi hija Clariza por esposa, porque así nuestra amistad sea mas ligada con doble parentesco.

Al oir Artus las razones de Oliveros tuvo gran placer en ello, y le dijo que siempre le habia tenido por su mayor amigo y protector: que jamás se habia opuesto á sus disposiciones, y por tanto no seria razon apartarse entonces de su voluntad, antes por el contrario, estaba persuadido de que en adelante se tendria por mucho mas feliz en ser su yerno. En virtud de lo

cual comunicó el rey esta determinacion á todos los señores del reino, y se celebraron las bodas con grande solemnidad y regocijo, y las fiestas públicas duraron muchos dias.

En esta sazon llegó un embajador del rey de Chipre, pidiendo auxilios contra los enemigos de la santa Fé Católica, que habian invadido aquel pais con un ejército numeroso: habiendo oido el príncipe Enrique estas nuevas, se hincó de rodillas delante de su padre, y le pidió licencia y gente armada para ir á defender la verdadera religion y esterminar á los infieles. Viendo el rey su buen deseo, no se lo quiso negar, y le dió veinticuatro mil hombres bien armados, y en poco tiempo quedó todo dispuesto y partió la espedicion para Chipre. Llegada la armada española á aquel reino, no tardó mucho en arrojar á los enemigos de él, y no contentos con eso, los siguieron hasta Turquía causándoles gran destrozo de muertos y prisioneros; pero tanto quiso internarse el intrépido príncipe, que cargaron sobre sus tropas tanta multitud de mahometanos, cercándoles por tódas partes, que allí pereció la mayor parte de los cristianos y con ellos el valeroso príncipe Enrique, mas no fué sin gran mortandad de los paganos.

Llegadas las tristes nuevas á Castilla, fué tanto el desconsuelo y pesadumbre que causaron, en particular á Oliveros, que no pudo resistir el peso de golpe tan fatal, sucumbiendo al poco tiempo, y luego por muerte de Oliveros y del rey de Inglaterra, llegó Artus á ser rey de los dos reinos.



FIN.



HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artús de Algarve	5
Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos	5
El caudillo carlista D. Ramón Cabrera	5
El general Espartero, duque de la Victoria y de Morella	5
Carlo Magno y los doce Pares de Francia	4
Roberto el Diablo	4
El Conde Partinoples	4
Clamades y Clarmonda ó el Caballo de madera	4
Flores y Blanca Flor	4
Pierres y Magalona	4
Aladino ó la Lámpara maravillosa	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno	4
El Nuevo Robinsón	4
Napoleón I, emperador de los franceses	4
D. Martín Zurbano	4
Doña Blanca de Navarra	4
Orlando Furioso	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza	4
Anselmo Collet	4
Subterráneos de la Alhambra	4
Romancero de la guerra de Africa en 1859 á 1860	4
Gil Blas de Santillana	4
Guerra civil del año 1871 al 1876	4
El Pastelero de carne humana	4
Los secuestradores de Lucena	4
Candelas	4
Saballs	4
Carlos VII	4
Pedro Ramón Ciaram	4
Los ladrones de mar	4
El anillo de Zafira	4
La oreja del Diablo	4
La muerta fingida	4
La hija del rey de Hungría	4
El Pirata Negro	4
El caballero del Aguila Roja	4
Los Juanillones	4
Melchor de la Cruz (a) El Diablo	4
El corregidor de Almagro	4
El caballero sin cabeza de Valdormido	4
Juan Pulgón	4
D. Diego León	3
El conde de Montemolín	3
D. Tomás Zumalacárregui	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla	3
Bernardo del Carpio	3
Cristóbal Colón	3
Hernán Cortés	3
Los siete infantes de Lara	3
D. Pedro de Portugal	3
La doncella Teodora	3
La heroica Judith	3
Noches lúgubres, de Cadalso	3
Matilde y Malek-Adhel	3
Abelardo y Eloisa	3
Ricardo é Isabela	3
El marqués de Villena ó la Redoma encantada	3
Elisa ó la rosa blanca encantada	3
El conde de las Maravillas	3
Santa Genoveva	3
El Nuevo Navegador ó la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo	3
El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba	3
El Bastardo de Castilla	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donasón	3
La Hermosa de los cabellos de oro	3
La Guirnalda milagrosa	3
Los siete sabios de Roma	3
Guerra de la independencia española	3
Los Niños de Ecija	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro blanco encantado	3
El príncipe Selim de Balsora	3
Las dos doncellas disfrazadas	3
El Santo rey David	3
Julio y Zoraida	3
El Mágico Rojo	3
La Urraca ladrona	3
Diego Corrientes	3
Aurelia y Florinda	3
El general Prim	3
Ana Bolena	3
Cornelia ó la víctima de la Inquisición	3
La Diosa de los mares	3
Viajes aéreos	3
Jaime el Barbudo	3
Rosa Samaniego	3
Pincha-uvas	3
El casto José	2
El viejo Tobías y el joven su hijo	2
El valeroso Sansón	2
La Creación del mundo	2
El Diluvio universal	2
El Juicio universal	2
San Alejo	2
San Amaro	2
San Albano	2
Nuestra Señora de Montserrat	2
El marqués de Mantua	2
Francisco Esteban el Guapo	2
El cortador de cabezas	2